

CRISTIANDAD

Año XXXII - NUMERO 532

BARCELONA

JUNIO 1975

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



SUMARIO

AÑO SANTO DEL SAGRADO
CORAZÓN F. C. V.

MES DEL SAGRADO CORAZÓN
S. S. Paulo VI

QUE EL AÑO SANTO RENUENE
NUESTRO CORAZÓN
Jesús Solano, S. I.

EL CORAZÓN DE JESÚS MODELO
DEL CORAZÓN ECUMÉNICO
Juan M. Igartúa, S. I.

LA DEVOCIÓN AL CORAZÓN DE
JESÚS, COMPENDIO DE TODA LA
VIDA CRISTIANA Rocasan, S. I.

LA REPARACIÓN EN LA DOCTRINA
DEL SAGRADO CORAZÓN
S. E. R. Mons. Antonio Angioni

EL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS
Y EL SACERDOTE HOMBRE DE
DIOS S. E. R. Mons. Hengsbach

BREVE BIOGRAFÍA DEL
P. RAMIERE, S. I. Narciso Torres

INTENTOS DE SUBVERSIÓN EN LA
IGLESIA DE CRISTO
Roberto Cayuela, S. I.

VENID A MÍ TODOS...
Fray Antonio de Lugo, O. S. H.

SANTA VICENTA MARÍA LÓPEZ
José Javier Echave-Sustaeta

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

ADMINISTRACION: Lauria, 15, 3.º - (10)
Teléfono 317 47 33

Director: Fernando Serrano Misas

AÑO SANTO DEL SAGRADO CORAZÓN

El presente Año Santo coincide con el tercer centenario de las revelaciones de Paray-le-Monial. Con este motivo podía esperarse que, como los años jubilares que presenciaron la consagración de la Iglesia y del mundo al Corazón de Jesús —1875 y 1900— y la institución de la fiesta de Cristo Rey —1925—, también señalase un momento de progreso y de profundización en el desarrollo, misterioso y providencial, del culto al Corazón de Cristo. (1)

Los motivos humanos de desaliento y aún de escepticismo sobre este punto son demasiado conocidos y no necesitan ser ponderados. Pero una vez más a lo largo de la historia de la devoción al Corazón de Jesús se cumple lo que se había esperado contra toda esperanza. El Congreso de Paray-le-Monial y París, del que nuestros lectores tienen ya información auténtica (2) y alguno de cuyos documentos se incluyen en el presente número, ha sido una nueva manifestación de la presencia y de la vitalidad de una corriente espiritual que tantos quisieran ver olvidada. Se anuncia ahora un Congreso Nacional que tendrá lugar los primeros días de octubre en Valladolid, junto al Santuario Nacional de la Gran Promesa.

No son sólo coincidencias externas las que refieren los fines del Año Santo con el progreso de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. La renovación y reconciliación, según el sentir de la Iglesia que nos invita a ellas, tienen en la que definió Pío XI como «síntesis de toda la religión y norma de la más perfecta vida cristiana», su expresión más auténtica. El Corazón de Cristo es para el cristiano de hoy el más seguro signo de obediencia al Evangelio de Cristo.

En el corazón de carne del Verbo Encarnado, que adoramos como expresión del amor con que Dios nos redimió haciéndose hombre como

(1) El Año Santo y las grandes conmemoraciones del culto al Corazón de Jesús, por Casimiro Puig, S. I., Promotor diocesano del Apostolado de la Oración; CRISTIANDAD núm. 520.

(2) El Congreso de Paray-le-Monial y París sobre el culto al Sagrado Corazón (13 a 19 de septiembre de 1974), CRISTIANDAD, Marzo-Abril 1975.

nosotros, se compendia la obra de la divina dispensación misericordiosa. Contra ella se mueve un espíritu anticristiano de inspiración satánica.

El apóstol San Juan nos exhorta: «Muchos pseudoprofetras han salido al mundo. Con esto podéis conocer el espíritu de Dios: todo espíritu que confiese que Jesucristo ha venido en carne es de Dios; pero todo espíritu que no confiese a Jesús, ese no es de Dios, es del anticristo» (I, Ionn. IV, 2-3).

En nuestros días la hostilidad a las apariciones de Cristo y de María, que se reviste de apariencias de respeto a la revelación pública, se mueve a veces ocultamente por la hostilidad a la fe en la realidad concreta y palpable de Jesús muerto y resucitado por nosotros. ¿Cómo aceptarían reconocer la presencia en Paray-le-Monial o en Fátima de aquellos cuya historia según la letra del Evangelio quieren concebir como expresión mítica de una fe impura e infantil, que hay que purificar y hacer adulta por la «hermenéutica» y la «desmitificación»?

Al enfriarse la caridad surge la más perversa tentación, astutamente opuesta al Evangelio: la cancelación de la fe en nombre del amor. Pero «la caridad procede de Dios, y todo el que ama es nacido de Dios» (I, Ionn. IV, 7). La reconciliación querida por Dios ha de tener su principio en

la aceptación, por la fe, del Evangelio de *nuestra salvación por el amor que Dios nos tiene*: «Quien confesare que Jesús es el Hijo de Dios, en él permanece Dios y él en Dios. Y nosotros hemos conocido y creído en el amor que Dios nos tiene» (I, Ionn. IV, 16).

Dios ha querido responder a las tentaciones de la modernidad anticristiana con la renovada manifestación, en la revelación del Corazón de Jesús de los pensamientos de su amor misericordioso. Por esto si entendemos con espíritu sobrenatural y desde un auténtico sentir con la Iglesia el mensaje del Concilio Vaticano II y los fines del Año Santo, nos sentiremos movidos a entregarnos cada vez más a la práctica y a la difusión del culto al Corazón de Cristo.

En Él encontraremos visible y palpablemente expresado el anuncio de la verdad de Dios que nos llama según el mandato nuevo de Cristo al amor a nuestros hermanos, testimonio y signo dado al mundo para creer que Cristo ha sido enviado por Dios Padre.

Por esto San Pedro resume así la fidelidad a la vocación cristiana: «Pues que por la obediencia a la verdad habéis purificado vuestras almas para el amor fraterno no fingido, amaos intensa y cordialmente los unos a los otros» (I, Petr. I, 22).

F. C. V.

LA DEVOCION AL SAGRADO CORAZON DE JESUS, GRAN COMPENDIO DE LA VIDA CRISTIANA

(Viene de la pág. 148.)

Y ¿quién más ofendido y agraviado que Cristo esús? ¿Qué amor más indignamente traicionado, ultrajado o mal correspondido que el «Amor de los amores»? Pues bien, cuanto más queramos a Cristo, ultrajado y mal correspondido en su inmenso amor, tendremos más vivo deseo de repararle, de resarcir las injurias que recibe, mayormente en el Sacramento de su amor. Y para esto, procuraremos conocerle más y mejor por los que le desconocen y le olvidan; amarle por los que no le aman; y oponer a los pecados y vicios con que es tan ofendido, las virtudes contrarias, y más que nada nuestras obras de amor a Él y a los redimidos por Él. Todo a semejanza de Él, que de esa

manera reparó y resarcio las ofensas hechas al Padre Celestial.

Ahora bien, en todo esto que acabamos de exponer, ¿no consiste, por una parte, toda una vida cristiana, y aun la santidad y perfección de la vida cristiana?; y, por otra parte, ¿no es todo lo dicho la verdadera devoción al Sagrado Corazón de Jesús? Basta una sencilla reflexión para convencernos de ambas verdades. Y esta convicción nos llevará a ver con más claridad lo que tan reiteradamente nos enseñan los Sumos Pontífices de nuestros tiempos: que la verdadera devoción al Sagrado Corazón de Jesús es el gran compendio de toda la vida cristiana.

EL «ANGELUS» DE PAULO VI

MES DEL SAGRADO CORAZON

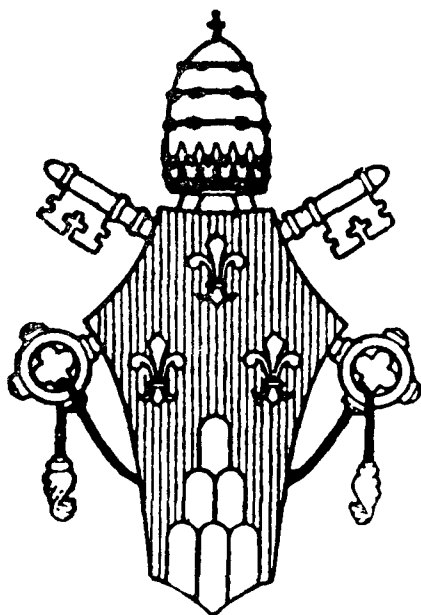
Mes de junio, mes del Sagrado Corazón. ¿Todavía se expresa así nuestra religiosidad?

Sí, porque la guirnalda de festividades que forma la aureola litúrgica, que irradia del misterio pascual celebrado hace poco, aún se adorna de este esplendor; y, como los otros misterios de esta corona, se vale de la prerrogativa de lo esencial. Y es hecho esencial al designio de la revelación cristiana la manifestación de Dios a nosotros de que Dios es amor y a nosotros concierne disponernos a gozar conjuntamente de tal fulguración. Y como amor se ha manifestado en Cristo desvelando el secreto ya presente, pero que permanece misterioso y casi mudo en la creación natural; porque en Cristo el amor de Dios hacia nosotros asume un lenguaje comprensible, aunque inconmensurable, para nuestro corazón humano. «Cristo me ha amado y se ha sacrificado a sí mismo por mí» (Gal. 2, 20); así sintetiza San Pablo el drama de la redención. Y si lo captamos, conmovedor. Nos place recordaros este aspecto, este manantial de la auténtica piedad católica, no sólo porque es reflejo de nuestro calendario litúrgico que lo presenta en este período, sino también,

como suma de nuestro gozo, nos ha parecido conocerlo espontáneo y vívido en las manifestaciones religiosas, propias del Año Santo. Observándolas, venían a nuestra mente las palabras del místico: «cor ad cor loquitur», el corazón habla al corazón, por el carácter personal de tales actos espirituales, por su interioridad, por su sencillez y discreción, por la evidente sinceridad comprobadas en sus auténticos componentes de sentido moral y de genuina religiosidad.

El Corazón de Cristo late ahora y pone al unísono millares de otros corazones. La Iglesia advierte la pulsación de estos corazones que son cierto preludio de una aceleración de la caridad en nuestro mundo moderno. ¡Oh, lo comprenderán los hombres de nuestro tiempo! El mundo moderno, en sus mayores exigencias, ya sean espirituales, ya morales o sociales, tiene necesidad de amor, que quiere decir superación de todo sentimiento que lo haga infeliz, y preludio de toda cosa grande, buena, humana, de la que hoy más que nunca es capaz y tal vez inconscientemente deseosa.

¡Que nuestra plegaria tenga hoy este impulso!



QUE EL AÑO SANTO RENUEVE NUESTRO CORAZON

JESÚS SOLANO, S. I.

«Corazón» es ciertamente el término más rico y también el más elástico, del cual se sirve el Antiguo Testamento para describir el interior del hombre, en especial del creyente. El Nuevo Testamento volverá a tomar también esta concepción de la antropología hebrea.

La postura religiosa y la fidelidad a Yahveh tienen su raíz en el corazón.

El impío es el «perverso de corazón», y así es «abominación para Yahveh» (Prov. 11, 20); impíos son aquellos que «se expresan con corazón doblado» (Sal. 12, 3), o también son «incircuncisos de corazón» (Jer. 9, 25); su corazón está obstinado, rígido, inflexible, duro (Ex. 4, 21; 7, 3, 13; 8, 11; 9, 7); Dt. 2, 30; Sal. 95, 8); Ez. 2, 4); más aún, viene llamado por Ezequiel un corazón «adúltero» (6, 9).

El justo, en cambio, es «limpio de corazón» (Sal. 24, 4; 51, 12; Prov. 22, 11), «recto de corazón» (Dt. 9, 5; 1 Re. 3, 6), sencillo, perfecto de corazón (Gen. 20, 5), «de corazón fiel» (Ne. 9, 8).

En el Nuevo Testamento habla Jesús del hombre bueno que «del buen tesoro de su corazón saca el bien»; en cambio, «el malo, del corazón malo saca el mal, porque su boca habla de la abundancia del corazón» (Lc. 6, 45). La semilla de la palabra se siembra en el corazón de quien la escucha (Mt. 13, 19).

El tema clásico de Dios que ve el interior, y el hombre que llega solamente a ver el exterior, está también expuesto en relación con el corazón. Dios había dicho a Samuel con respecto a Eliab, el «imponente» hijo de Jesé: «No mires su aspecto ni la altura de su talla, porque lo rechazo. Dios no mira como mira el hombre; el hombre mira a la superficie, Yahveh mira al corazón» (1 Sam. 16, 7). Jeremías invocaba a Yahveh: «Oh Yahveh de los ejércitos, justo juez, que escrutas las entrañas y el corazón» (11, 20).

La oposición hecha por el Señor entre el exterior y el interior, se actualiza ciertamente en el corazón: «No contamina al hombre lo que entra por la boca, sino lo que sale de la boca; esto contamina al hombre». Y en la explicación añade el Señor: «Lo que sale de la boca, sale del corazón,

y esto es lo que contamina al hombre. Del corazón, en efecto, salen los pensamientos malos, los homicidios...» (Mt. 15, 11-18-19).

El Vaticano II resume en una palabra lo que es el pecado: «ofensa de Dios» (SC 109, b; LG 11). La dimensión social consiguiente, que venía presentada también en el mismo pecado original, la señala el Concilio como herida a la Iglesia (LG 11) y, de modo directo, con el término «las consecuencias sociales del pecado» (SC 109, b).

Conversión del corazón

No es el pecado una realidad a la cual seamos extraños: «Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros» (1 Jn. 1, 8). Todos nosotros participamos de aquel «pecado del mundo», que el Cordero de Dios vino a quitar (Jn. 1, 29). También nosotros formamos parte de la multitud para la cual ha sido derramada la sangre del pacto nuevo «en remisión de los pecados» (Mt. 26, 28).

Juan Bautista y Jesús mismo insisten en la absoluta necesidad de la «metanoia», del arrepentimiento como renuncia al pecado. Tal «conversión» es un volverse hacia Dios y echar a andar por un nuevo camino.

Hay una frase en los Profetas del Antiguo Testamento que puede iluminar lo que es verdaderamente esta «conversión»: «Desistid y convertíos de todos vuestros errores... Liberaos de todos vuestros pecados, por los cuales os habéis vuelto infieles; formaos un corazón nuevo y un espíritu nuevo» (Ez. 18, 30-31).

Ésta es también la ferviente súplica del doloroso acto de arrepentimiento de David en el salmo más famoso de todos: «Oh Dios, crea en mí un corazón puro; renuévame por dentro con espíritu firme» (Sal. 51, 12).

La renovación del corazón es un gran tema de los Profetas: «... oráculo del Señor Yahveh... os daré un corazón nuevo; pondré dentro de vosotros un espíritu nuevo; quitaré de vuestro cuerpo el corazón de piedra y os daré uno de carne» (Ex. 36, 23.26). «Les daré otro corazón...; arrancaré de su

cuerpo el corazón de piedra para darles un corazón de carne» (Ez. 11, 19).

La conversión se significa también con la circuncisión del corazón (Jer. 4, 4; Dt. 10, 16).

El Vaticano II reúne los dos términos cuando habla de la «conversión del corazón» (UR 8).

Salvación

La Constitución pastoral del Concilio sobre la Iglesia en el mundo actual afirma: «Cree la Iglesia que Cristo, muerto y resucitado por todos, da al hombre su luz y su fuerza por el Espíritu Santo, a fin de que pueda responder a su máxima vocación y que no ha sido dado bajo el cielo a la humanidad otro nombre en el que sea necesario salvarse» (cf. Act. 4, 12) (GS 10).

De modo más directo aún: «El hombre se nota incapaz de domeñar eficazmente por sí solo los ataques del mal, hasta el punto de sentirse como aherrojado entre cadenas. Pero el Señor vino en persona para liberar y vigorizar al hombre, renovándole interiormente y expulsando "al príncipe de este mundo" (cf. Jn. 12, 31), que le retenía en la esclavitud del pecado» (GS 13).

Aun antes de nacer, viene el Señor designado como Salvador. El ángel dice a San José: «María dará a luz un hijo, al cual pondrás por nombre Jesús. Porque Él salvará a su pueblo de sus pecados» (Mt. 1, 21). A los pastores se aparecerá también un ángel en el nacimiento de Jesús, y les dirá: «Hoy os ha nacido un Salvador que es el Mesías, el Señor» (Lc. 2, 11).

Es notable la relación presentada por San Juan entre el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo (Jn. 1, 29) y el Cordero Pascual que con su sangre derramada en la cruz libera a los hombres, y de su costado traspasado hace brotar aquella «fuente abierta contra el pecado y la inmundicia» vislumbrada ya por Zacarías (cf. Jn. 19, 34-36; Zc. 12, 10-13, 1).

La salvación del pecado que nos consigue Cristo consiste en el hecho maravilloso de que aquel que cree en Jesús ha nacido de Dios (cf. Jn. 1, 12-13), y por consiguiente «no hace pecado»; «no puede pecar», llega hasta decir San Juan en su primera carta (3, 9), ya que mientras que el hombre se mantenga en comunión con Dios no puede llevar frutos de pecado.

Sin embargo, si el hombre rompe la comunión con Dios y peca, aun Cristo es Salvador: «El mismo es propiciación por nuestros pecados, y no por

los nuestros solamente, sino también por los de todo el mundo» (1 Jn. 2, 2; cf. Jn. 20, 22-23).

San Pablo ve aquellos que tienen la fe en Cristo y han sido bautizados como «muertos al pecado» (Rom. 6, 11); más aún, como «un ser solo con Cristo» (Rom. 6, 5), como «una nueva creación» (2 Cor. 5, 17). Los creyentes en Cristo son por supuesto liberados para «servir con espíritu nuevo» (Rom. 7, 6; cf. 8, 9).

La salvación definitiva es también obra de Cristo, como cantan los elegidos en el cielo: «La salvación pertenece a nuestro Dios sentado sobre el trono y al Cordero» (Apoc. 7, 10; cf. 12, 10).

Cristo nos ha traído la salvación que se hace manifiesta por la luz y la fuerza en el campo religioso, y de aquí penetra la salvación en todos los otros campos de la vida humana.

El resumen hecho por Él mismo, para que sepamos cuál deba ser nuestra postura religiosa, gira en torno a una cosa tan interior al hombre como el amor: «Amarás al Señor tu Dios... Éste es el más grande y primer mandamiento. El segundo es semejante: amarás a tu prójimo... En esos dos mandamientos se funda la Ley y los Profetas» (Mt. 22, 37-40).

La fuerza se nos da por el ejemplo que Él nos ha dejado de su amor al Padre y a nosotros hasta la muerte, y de su Espíritu que ha derramado en nosotros el amor de Dios (cf. Rom. 5, 5), para que podamos amar a Dios y a los hijos de Dios.

No podemos dejar de apreciar cómo Jesús y San Pablo en los pasajes citados hacen expresa referencia al corazón: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón...» (Mt. 22, 37); «el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones...» (Rom. 5, 5).

Consecuencias

La primera consecuencia sería quizás hacernos más conscientes del hecho de que todo el mundo religioso cristiano tiene su raíz, su fuerza y su culmen en el corazón.

Sin el interior Dios no recibe ni siquiera actos tan preciosos como la limosna, la oración, la penitencia y el ayuno (cf. Mt. 6, 1-6.16-18) o la entera donación de los propios bienes y de la propia vida en favor de los demás (1 Cor. 13, 3).

Esa interioridad no será auténtica si no la acompañan las obras (cf. 1 Jn. 3, 16-18). Pero el Señor va mucho más allá. Las obras buenas pueden ser también ordenadas por los hombres; Dios

pide obras, pero como raíz y manantial de éstas, antes de nada el corazón.

Tal es ciertamente la radicalidad del verdadero Dios, como se manifiesta sobre todo en el Nuevo Testamento.

Aquí aparece la inexhaustible grandeza y profundidad del cristianismo, que pone la mira en la libertad, no para destruirla, sino para que el hombre pueda vivir la dignidad humana excelsa en la verdadera libertad. La libertad es en el hombre signo altísimo de la imagen divina, y se obtiene cuando el hombre se libera de toda esclavitud de pasiones para darse verdadera y totalmente a Dios y a los hermanos (cf. GS 17).

No basta, pues, hacer el bien a todos. Nos encontramos frente a una exigencia de amor que no cesa en sus demandas. Éstas, sin embargo, son conocidas solamente por Dios y por la conciencia. No es suficiente que a los ojos de los hombres aparezca satisfactoria nuestra conducta. «Aquel que escruta los corazones sabe cuál es el deseo del Espíritu» (cf. Rom. 8, 27).

Sobre otra consecuencia nos hacen reflexionar sucesos eclesiales como aquel cercano a nosotros de la canonización de Santa Teresa de Jesús Jornet, verificada el 27 de enero de 1974. La Santa es fundadora de las «Hermanitas de los ancianos abandonados». ¿Cuál sería el valor y el sentido de la vida de más de tres mil Hermanas, que hoy en esta Congregación se dedican a personas que no son capaces de «rendir» en favor de la sociedad, que incluso son un peso económico para la sociedad productora?

Aquí se hace manifiesto qué quiere decir en serio «La Iglesia de los pobres», es decir, de aquellos que no poseen poder ni influjo y que son marginados y abandonados tantas veces por la propia familia. A la luz de Cristo, dedicar una vida entera a estos ancianos —o también a otros aún más pobres como son los deficientes mentales— si se hace por amor del Señor y en caridad fraterna, tiene un sentido infinitamente pleno.

Subrayemos aún una última consecuencia. Muy frecuentemente y muy fácilmente valoramos más también en nuestra vida religiosa— lo que es actuar por el Señor —las obras—, que lo que es amar de manera consciente al Señor. Al fin de la jornada estamos contentos porque hemos buscado el aprovecharnos de las fuerzas y del tiempo lo más posible para cumplir nuestro deber de trabajo intelectual o manual. Pero ¿podemos decir lo mismo sobre la atención de nuestro corazón al

Señor, con otras palabras, sobre la preocupación de mantener la relación personal y consciente de amor con el Señor, que no solamente está presente en todas las cosas, sino también vive cerca de nosotros (cf. Jn. 14, 23) y vive en nosotros (cf. Gal. 2, 20)?

El Corazón de Cristo

En una perspectiva mesiánica había dicho el Señor, por medio del profeta Ezequiel: «Os daré un corazón nuevo..., os daré un corazón de carne» (36, 26). Cuando vino en persona el Mesías, anunció la religiosidad de lo interior, del corazón, «en espíritu y en verdad» (cf. Jn. 4, 24) de un modo tan primario como hemos expuesto.

Pero Cristo, además de su enseñanza, se ha presentado a sí mismo y ha atraído nuestras miradas hacia su Corazón: «Venid a mí: aprended de mí, porque soy manso y humilde de corazón» (Mt. 11, 28-29).

La misma raíz griega que significa la humildad —tapeinos— en las palabras del primer evangelio, la usa San Pablo para indicar la disposición de Cristo al obedecer hasta la muerte de cruz (Flp. 2, 8). Sabemos cómo el Señor mismo ha presentado su muerte como el supremo acto de su amor hacia el Padre y hacia nosotros (cf. Jn. 14, 31; 15, 13). El Vaticano referirá este amor del Hijo de Dios a su Corazón: «Ha amado con corazón de hombre» (GS 22).

Por otra parte, San Pablo se expresa con esta misma raíz griega de humildad, cuando exige de los creyentes la disposición necesaria para llegar a la verdadera y plena caridad fraterna (cf. Flp. 2, 1-3).

Debemos, pues, afirmar que el misterio del Corazón de Cristo, percibido desde los primeros siglos por la Iglesia, sobre todo en el Cristo traspasado (cf. Jn. 19, 34-36), nos descubre así no solamente la interioridad y el amor como centro del cristianismo, sino también nos muestra el camino por el que en la práctica podemos verdaderamente amar a Dios y a los hermanos: la humildad de corazón.

Sin este «vaciamiento» de nosotros mismos, según el término paulino en el pasaje de la carta a los Filipenses (2, 7), sin «abnegarnos», según la palabra de Jesús mismo (cf. Mt. 16, 24), no es posible que nos abramos plenamente en el amor a Dios y a todos los hombres.

El Corazón de Jesús, modelo del Corazón Ecu­mérico

JUAN M. IGARTUA, S. J.



Para aprender a modelar nuestro propio corazón debemos mirar al Corazón del Señor. Él mismo se nos ha ofrecido como el modelo que debemos imitar, al decirnos: Aprended de Mí, que soy manso y humilde de Corazón. Y el Apóstol San Pablo, que tanto y tan profundamente penetró en la escuela del amor de Jesucristo, nos dice a su vez: «Tened en vosotros los mismos sentimientos de Cristo Jesús» (Fil. 2, 5).

¿Cuáles son los sentimientos del Corazón de Jesús en el alcance ecumérico? En primer lugar, de Él ha salido la célebre expresión del deseo y amor universal de reunir a todos los hombres en un solo rebaño: «Tengo también otras ovejas, que no son de este rebaño. También a esas tengo que traerlas. Y oirán mi voz, y habrá un solo rebaño y un solo pastor» (Jn. 10, 16). Mirando por encima de su Iglesia naciente veía el Señor la universalidad de los campos que granaban ya para la mies (Jn. 4, 35), y su Corazón se extendía a recoger la cosecha de tan anchos campos universales. Pío XII, en su encíclica «*Evangelii praecones*» sobre las misiones católicas, llamó a esta expresión con palabra llena de afecto «el gemido inenarrable del Corazón de Jesús» (2 junio 1951). Y Juan XXIII, que tan hondamente sintió en su propio corazón estos acentos de Jesús, ha dicho en su mensaje de Navidad de 1962, el último de su vida: «Esta llamada... vuelve con eco imperioso desde el fondo de veinte siglos cristianos, y late en el corazón de cada uno».

Jesús, en efecto, había venido para ser Salvador de todos los hombres, y como dice Juan rubricando el carácter universal de su redención, «no sólo iba a morir por el pueblo, sino para que todos los hijos de Dios se reúnan en uno». Anunciado ya este aspecto de universalidad de la salvación de Jesús por los profetas, Simeón en el Templo, al coger al Niño en sus manos lo había proclamado con solemnidad, diciendo: «Luz para la revelación de las naciones, y gloria de tu pueblo Israel». No era el Corazón de Jesús un corazón estrechado, angustiado por miras nacionales o políticas, sino dilatado por el amor universal. Venía a salvar a todos, y así le llenaba un pensamiento que a todos abrazaba en su perspectiva. Su Iglesia se fundaba con carácter de católica, para todos los hombres. Y dentro de ella su Corazón ansiaba y pedía a su Padre en la Cena una perfecta unidad de sus discípulos todos: «Que todos los que crean en Mí sean uno». Éste es verdaderamente, como Pío XII también lo ha llamado, «el testamento de su amor indeficiente» (Epístola al Congreso de Misiones, 1950).

Este pensamiento resplandece en el mandato de evangelización universal dado a su Iglesia, al enviarla a predicar a toda creatura, a la raza humana universal. La fuerza poderosa del pensamiento universal de Jesucristo ha quedado plasmada en la misma forma de su Iglesia, que en su unidad brilla con el múltiple resplandor de todos los pueblos: la liturgia se dice en todas las lenguas; todas las costumbres de los distintos países son aceptadas mientras no sean ofensivas al único Dios de todos los pueblos; y en la Plaza de San Pedro, centro de la *ecumene* católica, se percibe con frecuencia el rumor de todos los pueblos, y brilla el sol sobre todas las razas. «No hay en Cristo —dice San Pablo— gentil y judío, bárbaro y escita, esclavo y libre» (Col. 3, 11), porque es un solo Dios, que borra todas las diferencias sin suprimirlas, por ser Él rico con todos los que le invocan. (Rom. 10, 12).

Y este pensamiento universal del Corazón de Cristo se enciende de un amor, de tal manera universal, que le llevó a dar su vida por todos. Los jansenistas cayeron en la penosa estrechez de querer suponer que Cristo no había muerto por todos, sino por los elegidos solamente. Los donatistas, testimonia San Agustín, se consideraban los elegidos únicos, imitando el ejemplo de los primeros contradictores del cristianismo, los judíos, reduciendo la catolicidad a una estrechísima zona geográfica del mundo. Pero el amor de Cristo, el Espíritu que baja en Pentecostés, mueve el prodigio de la multiplicación de las lenguas en la unidad de la palabra de Dios testimoniada por los Apóstoles ante la multitud.

Un pensamiento ecuménico y un amor ecuménico

«Sed imitadores míos, como yo lo soy de Cristo», exhorta San Pablo a los cristianos de Corinto, y le parece consejo tan práctico que lo repite dos veces en la misma carta (1 Cor. 4, 16; 11, 1). Este consejo paulino nos lleva a la imitación de Jesucristo, a través de sus santos, y hombres que estuvieron llenos de su espíritu. Hemos dicho que el Corazón de Cristo tiene un pensamiento y amor ecuménicos. Procuremos imitarle, y no dejaremos de encontrar modelos buenos para este camino. No será difícil hacerlo a quien llene su corazón del Espíritu de Cristo, enviado en Pentecostés a su Iglesia.

El propio San Pablo que nos da el consejo es un magnífico modelo para esta actitud. Porque su corazón, a semejanza del de Cristo («cor Pauli, Cor Christi», dijo la fórmula antigua sacada del Crisóstomo), es un corazón lleno del deseo de la apertura a todas las naciones. Tiene un corazón donde se abrazan los extremos de la humanidad, y toda estrechez ha desaparecido de su pensamiento antes estrechamente judaico: la conversión de su corazón en este aspecto es perfecta. En uno de los momentos culminantes de su vida, cuando es apresado en el Templo de Jerusalén por la cohorte romana ante el tumulto judío que a golpes trata de acabar con él, tiene la audacia de pedir al centurión permiso para hablar a sus conciudadanos. Otorgado el permiso, les habla, y les narra la aparición de Damasco; pero el tumulto se provoca con más fuerza cuando llega al instante del climax de su confidencia: El Señor se me apareció luego aquí en el Templo otra vez, y me dijo: Te enviaré lejos a las naciones gentiles... (Act. 22, 21). Ante esta manifestación de

voluntad ecuménica de unidad universal en la fe, estalló la indignación del pueblo nuevamente. Es el signo de Pablo en su vocación admirable, despertar la ira por seguir la voluntad universal de Dios.

De modo semejante, otros santos, entre los demás, han detascado por esta voluntad ecuménica de acercar a todos a Dios sin distinción. Citemos solamente a San Francisco de Sales, que a tantos cristianos separados atrajo a la unidad, y a San Francisco Javier, cuyo corazón era otro corazón de Pablo en la búsqueda de la unidad de todos en una fe. Aunque, hijos de su tiempo, no tuviesen todavía quizá siempre los modos que hoy se practican, pero su ardiente celo era superior a toda barrera de distinción entre los hombres para Dios. Ninguno de ellos, sin embargo, ni Pablo, ni los santos, pensó jamás en la posibilidad de sacrificar o ceder de la verdad de Cristo por atraer. Así dijo Pablo a los de Éfeso en su despedida: «No disimulé en predicaros todo el plan de Dios» (Act. 20, 27). Pablo tenía conciencia de no disimular la verdad confiada a su mensaje. Nada es más contrario al pensamiento ecuménico que el disimulo de la verdad.

Es en realidad toda la Iglesia la empeñada en el pensamiento ecuménico. Desde Pedro, primero en abrir el divino plan de salvación a los gentiles en el centurión Cornelio, hasta Pablo VI, viajero infatigable de la ecumenicidad. Tales debemos procurar ser nosotros. Nuestro pensamiento debe ser el de la Iglesia, que es el de Cristo mismo en su Corazón. Nuestro amor no debe admitir límites en el plan de salvación, para imitar el amor del Corazón de Cristo, quien precisamente cuando hablaba del único rebaño de todos, hablaba también de su propia muerte para lograrlo.

Sintámonos, con la Iglesia, unidos «por varios vínculos con todos los que se honran con el nombre de cristianos por estar bautizados» (LG 15). Recordemos cuántas cosas comunes con ellos tenemos: el bautismo, las Escrituras, la fe en Dios y en Jesucristo, la oración... y con algunos, como los Orientales separados, también los sacramentos, la misa, la Virgen y su culto... Volvamos nuestro corazón, en este ambiente de pre-unidad, con amor hacia la nostalgia, el deseo de Cristo en todos plenamente, la unidad total. Como ha recordado en su Bula del Año Santo Pablo VI, tengamos presente que el camino hacia la unidad del mundo en Cristo comienza por la unidad de los cristianos.

La devoción al Sagrado Corazón de Jesús, gran compendio de toda la vida cristiana

ROCASAN, S.I.

Comenzamos la redacción de este artículo el día 16 de junio de 1975, memorable fecha, tres veces centenaria, de aquel 16 de junio de 1675, en que Nuestro Señor Jesucristo hizo, en Paray-le-Monial, la principal y más importante manifestación del Amor, de los deseos y de los designios de su Sacratísimo Corazón, a su humilde sierva y amante confidente Santa Margarita María. Oigamos una vez más sus palabras:

«Estando una vez ante el Santísimo Sacramento, un día de su Octava, recibí de mi Dios gracias excesivas de su amor; y me sentí movida del deseo de algún retorno, y de devolverle amor por amor; y me dijo: "No puedes hacerme otro mayor que realizando lo que tantas veces te he pedido". Entonces, descubriéndome su divino Corazón, me dijo: "He aquí el Corazón que tanto ha amado a los hombres, que nada ha perdonado hasta agotarse y consumirse para atestiguarles su amor; y en correspondencia, yo no recibo de la mayor parte sino ingraticudes, por sus irreverencias y sacrilegios, y las frialdades y los desprecios que tienen para conmigo en este Sacramento de mi amor. Pero lo que me es más sensible todavía es que son corazones que me están consagrados los que obran así. Por esto te pido que el primer viernes de la Octava del Santísimo Sacramento sea dedicado a una Fiesta particular para honrar a mi Corazón, comulgando ese día, y haciéndole reparación de honor con un acto de desagravio, para reparar las indignidades que ha recibido durante el tiempo que ha estado Expuesto sobre los Altares. Te prometo asimismo que mi Corazón se dilatará para derramar con abundancia las influencias de su divino amor sobre quienes le tri-

butaren este honor y procuraren que le sea tributado".» (Autobiografía, II, 103.)

Siempre antigua y siempre nueva es esta noticia del incomparable mensaje de amor del Corazón de Cristo Nuestro Señor.

La Iglesia, para la cual hizo Cristo esta gran manifestación, como las otras que le precedieron, está celebrando, este año de 1975, el tercer centenario de ellas; y el Papa Pablo VI señaló como Intención general del Apostolado de la Oración, en el mes de junio, esta preciosa intención: «Que la celebración centenaria de las manifestaciones del Sagrado Corazón de Jesús, hechas a Santa Margarita María, promuevan largamente los fines pretendidos por el mismo Señor».

Uno de estos fines, pretendidos por el Señor en aquellas manifestaciones de su Sagrado Corazón, y seguramente que la principal y la más deseada y querida por Él, fue que sus discípulos y seguidores, sus cristianos, los hijos todos de su Iglesia, tengamos en la devoción a su Sagrado Corazón el más completo y perfecto compendio de toda la vida cristiana.

Los Papas de nuestros tiempos nos lo han dicho con palabras clarísimas y reiteradas; y nos consta que ellos son los intérpretes autorizados, y como los mensajeros fidelísimos de la mente de Cristo, de sus designios y de sus fines en las manifestaciones que su Sagrado Corazón hizo, hace tres siglos, a la humilde Salesa de Paray-le-Monial.

Pero, antes de explicar *por qué* la devoción al Sagrado Corazón de Jesús es el gran compendio de toda la vida cristiana, es conveniente recordar y declarar una verdad, que es la que ha de iluminar todo este tema.

1.º EL MAYOR DE LOS PRECEPTOS Y LA MAYOR DE LAS GRACIAS DE DIOS

a) El mayor de los preceptos divinos. — Por la revelación divina del Antiguo y del Nuevo Testamento, y principalmente por las palabras terminantes del Divino Maestro, Cristo Jesús, sabemos que el primero y principal mandamiento de

Dios es que le amemos sobre todas las cosas; que le amemos con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma, con toda nuestra mente, con todas nuestras fuerzas; esto es, con toda la perfección que nos fuere posible, no poniendo tasa en

el amor; porque el modo de amar bien, del todo bien a Dios, es amarle sin tasa y sin medida alguna; y tanto el amor es mejor cuanto es mayor.

Y si nos preguntamos el por qué de este gran mandamiento, nos responde el Príncipe de los teólogos, Santo Tomás de Aquino, diciéndonos que si bien es más propio de la caridad amar que ser amada; con todo eso, la caridad infinita de Dios no se contenta con amarnos, sino que desea sumamente ser amada de nosotros; y esto, no por su bien, o su interés, o su provecho, sino por el nuestro; y porque sabe que si le amamos de verdad, seremos del todo felices en el tiempo y en la eternidad, pues amando a Dios, tendremos todos los bienes. Y por esta causa, nos previene Él y nos gana por la mano en el amor, para inducirnos y movernos a que le amemos, pues el amar es el gran motivo para ser amado (S. Th., 2, 2ae, q. 27, a. 1).

De lo cual colegimos cuán grande e infinito es el amor que Dios nos tiene, pues quien desea ser amado en la forma que nos dice en el primer precepto es señal evidente de que Él no quiere tener tasa en amarnos y en hacernos bienes inmensos; pues Dios ama a los que le aman; y cuanto más le amen ellos, y les ame Él, tanto mayores y más preciosos bienes les da; porque todas las dádivas y dones divinos proceden del amor que Dios nos tiene; nosotros nos disponemos a recibir todos sus dones y bienes con el amor que le tenemos.

b) La mayor de las gracias de Dios. — El mismo Señor que nos da su primero y mayor precepto, nos ofrece y nos da, por los merecimientos de Cristo, su gracia para que podamos cumplir su gran precepto; y ésta es la mayor de las gracias, porque es para cumplir el mayor de sus mandamientos y así obtener todos sus bienes.

Sabe muy bien el Señor que sin su gracia no podemos nada; y menos lo que es más excelso, principal e importante en nuestras relaciones para con Él.

También nosotros lo hemos de reconocer y confesar con sinceridad y humildad; pues si aun para las acciones de la vida natural humana necesitamos el concurso ordinario de Dios, como lo enseña la misma razón natural, mucho más necesitamos de la gracia de Dios para toda nuestra actividad, interior y exterior, en nuestra vida sobrenatural de la Gracia. Así nos lo enseña y nos lo repite la Divina Revelación. Dice, por ejemplo, el autor inspirado del Salmo 15: «No tengo yo

bien ninguno sin Ti, Señor». Y el Divino Maestro nos dice absoluta y claramente: «Sin Mí nada podéis hacer» (Jn., 15, 5). Lo mismo nos enseña San Pablo en sus Cartas, del modo más explícito.

Pues si nada podemos sin la gracia de Dios, ¿cómo podremos cumplir un mandamiento tan excelso como es el de amar a Dios de la manera que Él nos manda que le amemos, y más si consideramos nuestra condición de pecadores, la debilidad e inconstancia de nuestra voluntad, aun para cosas fáciles, nuestra inclinación al mal y, sobre todo, que el mandamiento primero de Dios es enteramente opuesto a nuestro egoísmo, a nuestro propio amor desordenado?

Cierto que por nosotros mismos no lo podremos cumplir; pero cierto también que lo que no podemos con nuestras propias fuerzas lo podremos, y aun suave y fácilmente, por la gracia de Dios, la cual, en este caso, será la mayor de sus gracias, porque será para cumplir el mayor de sus preceptos.

Y así es en verdad; porque Dios Nuestro Señor y Padre, deseando que le amemos, y habiéndonos puesto precepto de ello, nos infunde y nos da generosamente la caridad con que le hemos de amar; la mayor de las virtudes; la del amor sobrenatural de caridad; el mismo amor con que hemos de cumplir su gran precepto. Y aun nos ayuda con sus inspiraciones interiores; y con esto nos induce y ayuda para que usemos y pongamos en práctica la caridad que Él ha derramado en nuestros corazones.

Y todavía, en el colmo, digámoslo así, de su bondad, no contento con darnos la virtud de la caridad, para que podamos cumplir su gran mandamiento, nos infunde y nos da la misma Fuente de esa caridad creada, que es el Espíritu Santo, la Caridad increada, el Amor vivo e infinito para que con su presencia y su acción vivificante dentro de nosotros mismos, conserve nuestro amor de caridad a Dios, lo rija y gobierne, lo vaya aumentando y nos ayude a que ejercitando nosotros la virtud de la caridad, produzca y brote ella actos de amor a Dios y al prójimo por Dios.

Mas, después de todo esto, hemos de reconocer que muy frecuentemente tenemos baldío el riquísimo tesoro de la virtud de la caridad, que Dios tan amorosamente nos ha infundido; no la actuamos, no la ponemos por obra, no ejercitamos los actos de la virtud de la caridad; y así, de hecho, no amamos a Dios como Él nos manda.

Por lo cual, el mismo Dios, que pide nuestra

libre cooperación a sus gracias, y sabe que esta misma cooperación nuestra ha de ser don y gracia suya, nos ha dado dos grandes medios para que en realidad pongamos en práctica la virtud de la caridad que Él nos ha dado; y así le amemos como Él quiere.

Estos dos grandes medios son la gracia de la oración y la gracia de la fe.

Nos da la gracia general y universal de poder orar, para que por el gran medio de la oración consigamos todos sus demás bienes, todas sus demás gracias. Y en el Evangelio nos exhorta Cristo a que oremos siempre, oremos para conseguir todo bien del Señor y que oremos sin desfallecer. Pues si con la oración hemos de pedir y obtener todas las gracias de Dios, ¿qué petición mejor y mayor podemos hacer que pedir la gran gracia, la mayor de todas, la de cumplir el gran mandamiento y el mayor de todos?

Así lo hace la Santa Iglesia en la Sagrada Liturgia, pidiendo al Señor con variadas y fervientes súplicas la gran gracia de que le amemos, conforme a su voluntad. De tales peticiones de esta gran gracia de Dios están llenos los libros de los Santos; por ejemplo, el de las «Confesiones» y el de los «Soliloquios» de San Agustín. Y en nuestros autores ascéticos y místicos tenemos variadas y preciosísimas súplicas para alcanzar esta gran gracia de Dios; por ejemplo, ésta que pone el P. Luis de la Puente para la Sagrada Comunión: «¡Oh Salvador mío dulcísimo! Donde quiera que estás eres sumamente amable; mas en este Sacramento eres dignísimo de ser amado con todas las fuerzas del amor. ¡Oh, si yo te pudiese amar con todo mi corazón, con toda mi alma, con todo mi espíritu y con todas mis fuerzas! Concédeme que te ame por la bondad que aquí me descubres, por el amor que aquí me muestras, por los beneficios que aquí me haces, por los males de que me libras, por los bienes que me prometes, y por lo mucho que deseas que yo te ame. Cumple, Señor, este deseo que tienes y el que yo también tengo, concediéndome que te ame como quieres ser amado, y uniéndome contigo con unión de perfecta caridad, que permanezca hasta la vida eterna» (Med. Esp., I,

Y con el don y gracia de la oración, nos ha dado el Señor el don y gracia de la fe, para que creamos en su palabra revelada; y principalmente para que creamos lo que es el centro, el núcleo y el todo de la revelación divina: su Amor para con todos los hombres; nos ha dado la fe para que por encima de todo creamos en su Amor; como nos lo dice San Juan: «Creemos en la caridad que tiene Dios con nosotros» (1 In., 4, 16).

Si, pues, poseyendo, como poseemos por dicha nuestra, el don y gracia de la fe, la ponemos en práctica por la caridad; si para cooperar a los designios del Señor, leemos con frecuencia, u oímos atentamente la palabra de Dios, sobre todo el Evangelio de Cristo; o si ante un Crucifijo o delante de un Altar donde se celebra el gran Misterio de la fe y del amor, o bien ante un Sagrario o un Tabernáculo con la Sagrada Custodia, consideramos las grandes obras con las que Cristo nos ha mostrado su inefable amor, hasta dar su vida por nosotros en la Cruz, y dársenos como Víctima y alimento de vida sobrenatural en el Santo Altar, no podremos menos de decir con San Pablo: «Me amó y se entregó a Sí mismo por mí» (Gal., 2, 20). Nos moveremos a corresponder a su amor, amándole porque Él nos ama, y amándole como Él nos ama.

Finalmente, porque el amor de Dios hacia el hombre se manifestó más que nada en Jesucristo, de tal manera que en la proclamación de este hecho divino consiste toda la Teología de San Pablo; por eso, el amor del cristiano a Dios se centra en amar a Jesucristo; el cual, en cuanto Dios, en un solo Dios con el Padre y el Espíritu Santo; y en cuanto Dios-Hombre, es nuestro Salvador y Redentor; es nuestro único Maestro, nuestro perfecto Modelo de vida y nuestro soberano Señor, Rey-Pastor; es todo nuestro bien.

Juntando, pues, la oración de petición para obtener la gran gracia de amar a Cristo, en unión de la lectura y consideración de sus obras de amor con espíritu de fe viva; no dudemos de que conseguiremos la mayor de las gracias del Señor para cumplir del todo bien el mayor de sus preceptos.

2.º EFECTOS DE LA MAYOR DE LAS GRACIAS DIVINAS

No hace falta discurrir mucho para conocerlos. Son claros y saltan a la vista. La misma experiencia de nuestra vida humana nos ayudará para entenderlos mejor con el favor divino.

a) Nos muestra la experiencia que si amamos mucho y muy de veras a una persona, si le queremos entrañablemente, cuanto más la amemos y la queramos, más lejos estaremos de ofenderle, y

aun de darle el menor disgusto. Y si en un momento de inconsideración y ofuscación, por llevarnos del mal genio o por el ímpetu de una pasión desordenada, le ofendemos o le disgustamos, nos duele íntimamente, nos sabe muy mal; y esto porque le queremos mucho. Y así es que no sosegamos hasta haberle dado plena satisfacción y obtenido su perdón.

Pues lo mismo, y mucho más, respecto de Jesucristo. Si con oración humilde, confiada y perseverante le pedimos la gran gracia de amarle mucho y con amor verdadero, de obras y de sacrificios; si recordando y considerando con viva fe el inmenso amor que Él nos ha tenido y nos tiene, y las grandes pruebas que de su amor nos ha dado, y pensamos: ¿no he de amar a Quien tanto me ama?, ¿no he de querer mucho a mi Redentor al verme redimido y salvado por Él? Ciertamente que Él nos concederá la mayor de sus gracias, la de amarle de todo corazón; y entonces, cuanto más le amemos, cuanto más ardientemente le queramos, estaremos más lejos de ofenderle; y no sólo con el pecado grave, sino aun con los pecados leves plenamente deliberados. Más aún: procuraremos con todo empeño evitar cuanto sin ofenderle propiamente le disgusta o le desagrade.

b) También cuanto más de veras amamos a una persona, cuanto más sinceramente le queremos, estamos más dispuestos para hacer cuanto nos consta que le agrada y complace; para darle gusto en todo. Y si la tal persona a la que tanto amamos tiene autoridad sobre nosotros, recibida de Dios, el gran amor que le tenemos y la gran fuerza con que le queremos nos lleva y nos mueve a acatar y aceptar sus disposiciones, y a hacer suave y fácilmente cuanto nos manda o desea de nosotros; sabiendo como sabemos que como nos ama mucho, todo lo que nos mande será sólo para nuestro mayor bien.

Lo mismo, y con incomparables ventajas si amamos y queremos de veras a Jesucristo; pues cuanto más le amemos y le queramos, estaremos más prestos y diligentes para hacer lo que le agrada y complace, para darle gusto en todo. Y reconociendo que Cristo no es tan sólo nuestro Redentor, en quien hemos de confiar, sino también nuestro Rey-Pastor, nuestro Legislador, a quien hemos de obedecer; y sabiendo juntamente que sus preceptos no son pesados, como nos dice San Juan, y que, como el mismo Cristo nos dijo, su yugo es suave y su carga ligera; y que todos sus preceptos y consejos los reduce a que le amemos

a Él y permanezcamos unidos a Él por el amor; y mostremos prácticamente este amor a Él en el amor efectivo a todos los redimidos por Él, a todos nuestros hermanos; es cosa clara y evidente que cuanto más amemos y queramos a Cristo, estará nuestra libre voluntad más abierta y mejor dispuesta para guardar sus preceptos y consejos. Todo lo puede el que ama de veras, porque es grandísima la fuerza del amor.

c) Asimismo, es cosa de experiencia que cuando amamos cordial y ardientemente a una persona, que vemos es ejemplarísima y que se nos muestra como verdadero modelo de virtudes y perfecto dechado en el trato, en la conversación y en toda su vida, entonces cuanto más le queremos, nos sentimos más deseosos de parecernos a ella, de que nuestra vida sea semejante a la suya y de imitar sus amables y atrayentes virtudes.

Pues, ¿qué diremos de esto en el caso de Jesucristo? Toda la Historia de la Iglesia, y singularmente las Vidas de los Santos, que lo fueron porque imitaron de veras y de cerca los ejemplos de Cristo, fueron por lo mismo vivas imágenes suyas; nos muestra con dichosa evidencia que cuanto más amemos a Cristo, cuanto más de corazón le queramos, no tendremos otro ideal de vida que Él; todo nuestro empeño lo cifraremos en imitar sus virtudes, en parecernos a Él, en transformar poco a poco, pero constantemente, nuestra vida en la de Cristo.

d) Finalmente, cuanto más queremos a una persona y la vemos ofendida y agraviada, y por lo mismo triste y acongojada, más nos acercaremos a ella para desagrararla y para resarcir con nuestro mayor amor y con nuestras muestras de más intenso amor las ofensas y ultrajes que se le han inferido. Más de una vez se ha visto el siguiente caso: en una familia muy cristiana, de padres ejemplarísimos y con varios hijos que años y años han vivido muy hermanados entre sí y obedientes a sus padres; sucede el día menos pensado que uno de los hijos se descarria, se perverte, se insolenta contra sus padres y se va de casa. Entonces los demás hijos, como una piña, rodean cariñosamente a sus padres, se conducen íntimamente con ellos por la conducta del hijo desventurado; y les dicen que por lo mismo que éste les ha ofendido y disgustado tan acerbamente, ellos les querrán más en adelante y procurarán con mayor cariño y más fiel obediencia resarcirles y repararles cuanto les sea posible. Esto es muy humano y muy cristiano.

(Sigue página 138.)

LA REPARACION EN LA DOCTRINA DEL SAGRADO CORAZON

Conferencia de S. E. R. Mons. Antonio Angioni en el Congreso Internacional sobre el Sagrado Corazón en Paray-le-Monial.

En el Magisterio

León XIII en la encíclica «Annum Sacrum» afirmó que a esta primera petición del Salvador: «permeneced en mi amor» la respuesta debe ser «Consagración», un acto que es de renovación voluntaria de la consagración bautismal, una donación total de sí mismo a Jesús que es considerado como un Amigo extraordinario, en imitación de la consagración del mismo Cristo al Padre: «Todo lo que es mío es tuyo y todo lo que es tuyo es mío».

Pío XII en la encíclica «Misericordissimus Redemptor» enseñó que a la segunda petición del Redentor: esperad aquí y permaneced despiertos conmigo» la respuesta es un estado de alma que está unido a Cristo el Redentor y que persigue una vida de justicia y caridad inspirada en Cristo crucificado para reparar los propios pecados y los de los demás. Evidentemente, la reparación depende de los sentimientos que el alma tiene hacia el Salvador; cuanto más íntimo es su amor por Cristo más fuertes y profundos serán estos sentimientos.

Aunque la consagración precede a la reparación si uno ama realmente a Jesús, este amor se hará más sincero e intenso si le contempla sufriendo y ofendido.

La reparación y la doctrina del Sagrado Corazón

Es precisamente este espacio el que nos interesa en este tema: la reparación a la luz de la doctrina del Sagrado Corazón, esto es, Jesús visto en un clima de afecto, intimidad, hermandad genuina, de tal modo que lo que es ofrecido lo es generosa y alegremente: «al dador jovial ama Dios» (II, Cor. 9, 7).

Los teólogos hacen notar que «no es lo mismo decir Jesús que Sagrado Corazón». Una persona

no está siempre delineada por su corazón. Para que sea así la persona debe ser vista en su vida emocional y moral, en su intimidad, en sus principios de conducta... El corazón designa solamente la persona bajo los aspectos que el corazón representa».

La vida emocional de Jesús, su vida moral, esto es, las «fuerzas» y «límites» de su naturaleza humana, su vida interior: estos tres aspectos tan abundantemente documentados en la revelación aportan un verdadero retrato del «Sagrado Corazón» de Jesús.

Jesús es presentado como el divino Amigo del hombre, como el hermano afectuoso y atento, compasivo y comprensivo, puesto que fue precisamente por esto que Él fue hecho «semejante en todo a nosotros, excepto en el pecado» (Heb. 4, 15). Él deseó experimentar penas, lágrimas, el total abandono, la muerte. Al contemplarlo cada hombre puede decir: «Me siento cerca de Él, es como yo en las dificultades de la vida. Él me comprende». ¡Comprender! Este es el más fácil y más inmediato camino para ganar el afecto, la real amistad y en esto reside la fuerza psicológica de esta doctrina y este culto.

Pero hay una fuerza mayor que brota de la gracia del Salvador, aquella por la que Él ama «a todo aquel que le ama» (Pr. 8, 17).

Bajo este aspecto teológico de Jesús «Sagrado Corazón», Él se muestra también por encima de todo como el perfecto obediente al Padre como el que ha llevado a cabo completamente su voluntad, para dar un ejemplo de verdadera adoración «en espíritu y en verdad» (Jn. 4, 24), para darle gracias perfectamente en nombre de todos, especialmente de los humildes (Mat. 11, 23-30). Él es presentado más que nada como Sacerdote, Víctima, en el Sacrificio que será finalmente agradable al Padre y por el cual el mundo alcanzará la salvación en la «Sangre del Cordero» en la «Alianza nueva y eterna» (Mat. 26, 28).

Cristo el único reparador

La historia y la revelación hablan de un desorden moral que fue la ruina y la pérdida de la humanidad y de los hombres, y al mismo tiempo, fue una ofensa contra Dios: el pecado original que fue básicamente una rebelión contra Dios.

Era necesario «hacer reparación» y reconstruir el plan original de Dios «para compensar» esta inmensa pérdida, «para expiar» esta infinita ofensa.

Para reconstruir, compensar, expiar: todo eso era un deber de justicia, pero este pecado había abierto un abismo inconmensurable entre el hombre y Dios y era por esto «irreparable».

El Hijo de Dios al tomar una naturaleza humana y convertirse en Dios-Hombre-Redentor sustituyó al hombre en este acto de reparación. Por esto este acto de reparación se convirtió en acto de Amor.

Por otra parte, este Redentor es Dios, y por eso su reparación es infinita.

Todas las páginas de la Escritura están llenas de este inexpresable misterio del Padre dando a su Hijo para la salvación de la humanidad.

En los Padres y en el Magisterio tenemos la palabra «reparación», que aparece como un término de especial significado porque es presentado en relación directa al pecado personal, social y universal. Además, pone el acento en el aspecto de gravedad del pecado que es *una ofensa contra Dios*.

Reparación por el dolor

La misteriosa y tremenda presencia del dolor querida por el Padre y generosamente aceptada por el Hijo constituye un factor básico en la reparación del Hombre-Dios y le confiere su apariencia más impresionante. Aquí la especulación teológica se para con estremecimiento abriendo amplios horizontes para un más genuino ascetismo y piedad cristiana. Esto, la «selección» divina de la perfecta reparación que pudo haber llevado a cabo de infinitas maneras, nos ayuda a comprender mejor los elementos nunca suficientemente meditados de la ofensa contra Dios que el Redentor quiso compensar por su amor y obediencia de infinito valor en reparación por la negación de afecto y obediencia por parte del hombre.

MOTIVOS TEOLOGICOS

1) Participantes en el sacerdocio de Cristo

El primer motivo es tomado de la participación en el «sacerdocio ministerial» por los sacerdotes y en el «sacerdocio común» de todos los fieles: «Aunque difieren esencialmente y no sólo en grado, están ordenados uno al otro porque uno y otro, cada uno en ámbito, participan del único sacerdocio de Cristo» (L. G. c. 2, n.º 10).

El Concilio recomienda explícitamente a ambos participantes en el sacerdocio: Todos los discípulos de Cristo, perseverando en la oración y alabanza a Dios, han de ofrecerse a sí mismos como hostia viva, santa y grata a Dios; han de dar testimonio de Cristo en todo lugar y, a quien se la pidiere, han de dar también razón de la esperanza que tienen en la vida eterna» (L. G. c. 2, n.º 10).

2) Miembros del Cuerpo Místico

El segundo motivo nos es dado por la comunión de vida entre Cristo y la Iglesia a través del dogma del Cuerpo Místico. Nosotros, anticipadamente, hemos sido hechos «contemporáneos» de Cristo y Él ha deseado ser «nuestro contemporáneo» especialmente en la Eucaristía.

He aquí cómo lo explica un teólogo (1): «Cristo siente fuertemente, en la fragilidad de su Humanidad, el momento de su ofrecimiento reparador (Hebr. 7, 7, ss.), y pide ayuda y aliento en su soledad a todos los hombres (Mat. 26, 20, ss.). Pero Él sabe que no habrá nadie cerca de Él para sufrir con Él (Lc. 23, 27, ss.) Debe estar solo con el Padre (Io. 16, 32); estarán con Él y se dolerán con Él su Madre, Juan, las Santas Mujeres, etc., pero es una presencia meramente «temporal», fruto del «momento ontológico» de la redeución, cuando Cristo debe estar solo, único mediador y único Redentor.

Gracias a este «momento ontológico Redentor» del único mediador, todos los que están abiertos al Espíritu enviado por Cristo pueden decir Amen al Padre (II Cor., 1, 20). Desde el justo Abel hasta el último de los elegidos pueden sufrir, redimir, reparar con Él: los «contemporáneos» de Cristo participando en su Pasión; después de Cristo en la fe y en la vida de fe se puede entrar en la dimensión del Crucificado. Los que no entran con

el Crucificado forman parte de los crucificadores (Heb. 6, 6).

Este es el único «momento ontológico redentor» realizado por Cristo que consigue la unión en el tiempo de todos los que son suyos, porque «el amor de Cristo nos apremia» al pensar esto: «que uno murió por todos; luego, todos murieron» (II Cor. 5, 14). «Nos unimos a Él en su muerte» (Rom. 6, 4).

Este sería el acercamiento a nuestra hermosa y misteriosa contemporaneidad con Cristo.

He aquí el segundo motivo según el mismo teólogo: San Pablo dice en su carta a los Romanos: «cuando fuimos bautizados fuimos sepultados con Él» (6, 4). Es Cristo el que se hace contemporáneo de cada hombre a través de la Iglesia que transmite en el tiempo «la palabra y el acto salvífico de Jesús». Por encima de todo realiza la Eucaristía en el tiempo, el Memorial del ofrecimiento redentor de Cristo, de tal manera que los hombres pueden unirse con Él y redimir con Él a través de su Cuerpo que es la Iglesia. Cristo ya no está solo.

Con su muerte y resurrección, Jesús ya no está solo. Ahí está su Madre, la primera de los redimidos, todos los justos y la Iglesia.

Cada renovación del sacrificio de Cristo será la renovación del «Cristo total». Cristo es sacrificado eucarísticamente en la Iglesia, el pueblo de Dios, sacerdocio real (I P. 1, 5-9). Esta diferencia es esencial: Si la Eucaristía fuese sólo el sacrificio de Cristo habría habido sólo una Misa, la de la cruz, no renovable porque fue perfecta. Cada «renovación» es «una nueva acción», no de Cristo, sino del ministro de la Iglesia que añade otro querer al querer sacrificial de Cristo. El Ministro «*agis personam Christi*»: Cristo es el principal Actor que sin embargo requiere la presencia de otro.

La diferencia entre una misa y otra no es el único y perfecto sacrificio de Cristo, y puesto que es numéricamente diferente, junto a los factores estables e inmutables debe hacer una variable. La Iglesia es «añadida» y «puesta junto» al Cuerpo de Cristo que es ofrecido al Padre.

3) Sentir lo que Cristo sintió

Último motivo: según el mandato del Espíritu Santo cada persona bautizada debe sentir dentro de sí las emociones que Jesucristo sintió (Phil. 2, 5).

Los sentimientos de reparación —como hemos visto— están entre los más intensos en el Corazón del Salvador, empezando en el momento de la Encarnación (Hebr. 10, 5) y terminado con el «*consumatum est*».

En obediencia al Espíritu Santo debemos también nosotros asemejarnos a los sentimientos de Cristo, nosotros sacerdotes, antes que los demás. Nosotros, que en la celebración eucarística hablamos a menudo del «Padre verdaderamente Santo», que «ofrecemos un sacrificio siempre agradable a Él», que tenemos la saludable y pesada misión de describir cuán amplia y destructor es el pecado.

Nosotros, como Abraham, estamos llamados hoy a un dramático diálogo con el Padre que es infinitamente bueno y justo y que tiene el derecho de castigar a la humanidad más contaminada que nunca por el ateísmo y por su rebelión contra la Ley divina. Pero que ciertamente no castigará si encuentra un suficiente número de justos en el mundo dispuestos a reparar las ofensas hechas contra Dios con un amor cada vez más fuerte y abierto totalmente al sacrificio.

Debemos inspirarnos en nuestra reparación en el divino Corazón de Cristo para imitar sus sentimientos y sus actos de generosidad y petición por la salvación de nuestros hermanos. Sabemos cuán agradable es al Señor el ofrecimiento hecho con alegría.

Debemos responder ahora a una última pregunta: «¿Cómo podemos decir hoy que Cristo, poseyendo ya la gloria, puede ser consolado por nuestra reparación?»

«¿Podemos consolarle por el sufrimiento de un pasado que no podemos alcanzar?»

Los teólogos proponen las siguientes explicaciones psicológicas y teológicas:

Psicológicamente Jesús siempre vive

La frase de San Agustín: «*da amantem et sentit quod dico*» nos ayuda a entender que el corazón tiene una intuición más profunda que el entendimiento. «El tiempo y el espacio no existen para el amor; o si existen para el amor humano, ciertamente no para el amor divino».

Todo es posible en el amor, hasta el punto de hacer que la imagen del amado se presente viva en las distintas fases de su vida, especialmente en las más dolorosas. El alma devota no se satisface

con un acercamiento histórico de Jesús; debe tenerle íntimamente presente. Debe verle sufriendo por amor..., es una necesidad psicológica del amor que la Iglesia, como sagaz educadora, realiza en las distintas fiestas de la liturgia anual.

Actualmente, esta actitud del alma no es más que realizar la recomendación del Espíritu Santo a los cristianos: «tened en vosotros los mismos sentimientos que Cristo Jesús» (Phil. 2, 5).

Teológicamente

Las siguientes explicaciones son más válidas que nunca.

El pecado existe hoy

Verdaderamente puede decirse que la Pasión de Jesús es una realidad objetiva incluso hoy. El pecado existe todavía hoy y ha sido siempre considerado la causa, o la ocasión de la Pasión de nuestro Señor. Esto es, Él estaría dispuesto a morir incluso por la salvación de cada pecador.

Jesús sigue siendo sensible

El Salvador ya no puede sufrir después de la Resurrección, pero sigue poseyendo su sensibilidad: los mismos sentimientos humanos que durante su vida humana brotaron en su Corazón a la vista de la belleza de la creación, de la bondad y malicia humana, del amor y el odio, sigue experimentándolos hoy todavía en el cielo. Siente gran compasión por el pecador, aunque no sufre en el mismo sentido que lo hizo en la tierra, pues está ahora en su vida eterna.

Cuando Jesús se lamenta de los hombres que le hacen sufrir no está hablando ficticiamente. Sus palabras son verdaderas y profundas: significan que es sensible a nuestras faltas en un sentido que no es totalmente comprensible para nosotros en su verdadero sentido.

Por otra parte, si Jesús siente ahora penas también siente alegría. Ésta puede aumentar indefinidamente en un aspecto secundario y accidental, pero sin embargo justo y verdadero. «Nosotros podemos hacer que el Corazón de Jesús vibre de alegría; esto no es una piadosa exageración. Es una certeza teológica.»

Jesús en un continuo presente

Hay otro aspecto que muestra cuán actual es el sufrimiento de Jesús: cómo Dios ve en un eterno y universal *presente* los pecados de la humanidad de todos los tiempos y lugares, o el sacrificio del Calvario que es la expiación universal e inagotable. Su Pasión esté siempre presente, no con una presencia temporal y espacial, sino «fuera del tiempo y del espacio» en la realidad en que se encuentran las cosas que han llegado a su fin: la eternidad. Por ello cuando Jesús habla de su sufrimiento «presente» usa un lenguaje que es muy verdadero aunque sea desacostumbrado para nosotros.

Pero también como hombre tuvo ya en su vida presente este modo de comprensión, porque tuvo aquella ciencia infusa y beata por la cual veía a Dios continuamente y en Dios todo lo que era conocido y visto directamente por Dios..., por esta «ciencia» *todo estaba presente en Cristo el Hombre-Dios* y era omnisciente y omnipresente... Esta visión tuvo que provocar necesariamente sentimientos y emociones en Él en conformidad con su naturaleza, esto es, de consuelo y gozo por lo buena, tristeza y pena por el mal, como si cada criatura hubiese podido vivir en un contacto personal con Él».

En el mismo sentido, como nuestros pecados también nuestros consuelos tuvieron un efecto anticipado pero real en el corazón de Jesús: es por nuestros pecados futuros (pero ya vistos) que el alma de Jesús se entristece incluso hasta el punto de «muerte». Pero no hay duda de que algún consuelo pudo obtener por la anticipación de nuestra reparación, como en la ocasión en que el ángel se le apareció para consolar su Corazón cuando Él estaba agobiado por la tristeza y la angustia.

Estas ideas válidas de un teólogo pueden abrir nuevos e infinitos horizontes a nuestro deseo de consolar a Jesús. Nosotros también estábamos en el Calvario con su apenada Madre, con San Juan, para ofrecerle un verdadero tributo de consolación.

Fue suficiente que Jesús sufriese en el Calvario, que sufriese en el *presente* para hacer posible y obligatoria nuestra tarea de consoladores.

1. Ser Zarconi, Pont Seminary of Bologna, «Lectio de SS. Corde Jesu», 1974 (Pro manuscrito).

EL SAGRADO CORAZON DE JESUS Y EL SACERDOTE HOMBRE DE DIOS

Consideración del Obispo de Essen, S. E. R. Mons. Hengsbach, en el Congreso Internacional de sacerdotes de Paray-le-Monial, setiembre, 1974.

Creo que sé que se interpreta bien la idea de considerar los fines del Año Santo y los de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús bajo la misma luz y en una relación única y hacer de ellos el objeto de oración y estudio en un Congreso Internacional para sacerdotes. El Año Santo, de hecho, no tiene otro fin que renovarse en virtud del sacrificio salvífico.

Las palabras de Pío XII en su encíclica «Haurietis Aquas» son válidas tanto para el Año Santo como para nuestra época, o sea que Cristo ha hecho de su Corazón el signo y la prenda de misericordia y de gracia para socorrer las necesidades actuales de la Iglesia (1). El pensamiento expuesto por Pío XI en la encíclica «Misericordissimus Redemptor», de 8 de mayo de 1928 (2), encuentra igualmente su aplicación al Año Santo: «¿No se encuentra en esta devoción —pregunta Pío XI— la quintaesencia de la religión y el camino a la perfección?» Y él mismo contesta: «Ella guía nuestra inteligencia hacia un profundo conocimiento de Cristo y alienta los corazones a amarle más y a seguir al Salvador de manera cada día más decidida». El grito del Corazón herido de Nuestro Señor, propiamente usado por Pío XII en su encíclica «Haurietis Aquas»: «¡Si tú conocieras el don de Dios!» (3) puede interpretarse como dirigiéndose tanto al Año Santo como a la devoción al Sagrado Corazón y aún como dirigido a ciertos sacerdotes. Los prejuicios y los preconceptos ante el Año Santo y la devoción al Sagrado Corazón no faltan. Esta reunión sacerdotal podría ser la ocasión de disipar ciertas dudas y dar eficaces y nuevos impulsos a este respecto.

Yo, sin embargo, me sublevo ante la idea de que pueda haber una crisis de devoción al Sagrado Corazón como tal: ello significaría que esta devoción sería teológicamente, litúrgica y pastoralmente no fundada o incierta, lo que es imposible.

El proceso de la clarificación, largo y a veces doloroso que abarca los años 1673 a 1855, ha asegurado al culto al Sagrado Corazón un fundamento seguro (4). La crisis de la devoción al Sagrado Corazón de que se habla, no puede ser más que una crisis que se desarrolla en el corazón de los hombres (5). Son nuestros corazones los que están en crisis: crisis de mezquindad, de pusilanimidad y de miedo. Existe, en la devoción al Sagrado Corazón, en su forma más espontánea y auténtica, medios para sobreponerse a tales crisis, que, en definitiva, son crisis de fe, de esperanza y de caridad.

¿Qué es lo que la devoción al Sagrado Corazón nos ofrece a nosotros, sacerdotes, y qué pide de nosotros? He aquí lo que querríamos ver ahora examinando en primer lugar nuestro ministerio sacerdotal especialmente bajo el aspecto carismático y después nuestro servicio eucarístico.

El Sagrado Corazón de Jesús y el ministerio sacerdotal, especialmente el de la predicación

Para mejor encuadrar nuestro ministerio sacerdotal en la devoción al Sagrado Corazón y para anunciar a su luz el Evangelio, será útil recordar brevemente la significación del corazón humano. El corazón es el centro y la base de la existencia humana. Manifiesta mejor que cualquier otro órgano de nuestro cuerpo tanto la densidad de nuestro ser como la interdependencia recíproca del cuerpo y del alma. Nuestro corazón es sensible a todos los estímulos que provienen del exterior, y los registra, los interioriza y les interfiere a su propia vida.

4. Cf. Hugo Bahaner: *Mirabilis progressio — Considerations sur la Theologie de l'Histoire du culte au Sacré Coeur dans Cos Jesus*, I Roma, 1959, 21 ss.

5. José M. Escribá de Balaguer: *Cuore di Gesù*. Homilia no publicada, que tuvo lugar con ocasión de la fiesta del Sagrado Corazón, 1966.

1. AAS 48 (1956), 340.

2. AAS 20 (1928), 167.

3. Gv. 4, 10.

El corazón es igualmente el órgano que, abriéndose, vas más allá de sí mismo. Receptividad y espontaneidad se comparten y se integran recíprocamente, forman las primicias de nuestra naturaleza. De ello se sigue que el hombre no es simplemente un magnetófono, ni simplemente un transmisor, ni es solamente un aparato de recepción, ni tampoco solamente de producción. En el corazón se encuentran reunidos, como en un único punto focal, lo mejor del interior y el exterior del hombre. El corazón, este organismo minúsculo y elemental que, como dice San Agustín o bien Pascal, «con su receptividad y su sensibilidad anticipa el razonamiento igual que el motivo precede a la motivación», desvela hoy ciertamente un nuevo interés.

¿Significación con referencia al Corazón de Jesús?

Creo que se puede indicar el simbolismo del Corazón de Jesús como sigue: En Cristo, Dios posee un corazón para el hombre, y, en Cristo, la humanidad posee un Corazón para Dios. Este sencillo aforismo contiene en potencia todo lo que se ha dicho no importa en qué tratado teológico sobre el Corazón de Nuestro Señor.

En la encarnación el Hijo de Dios asume una perfecta naturaleza humana. Lo hace para manifestar la solicitud de Dios hacia el hombre, para demostrarle este amor que Él es y que tiene poder para entrar y formar parte de la vida de la humanidad. El hombre, la criatura de Dios, le interesa a Dios. Dios no es un ser indiferente e impasible, no gobierna de arriba abajo. Siendo por sí mismo amor trinitario se expansiona con amor inagotable e inexplicable que no retrocede aunque sea rechazado, sino que al rechazo opone un don de sí que sobrepasa nuestra inteligencia y nuestra comprensión. De este modo, Dios no solamente posee en Jesucristo un corazón humano, sino que este corazón viene a ser un signo y un mensaje sobre cuya base se podrá decir desde ahora lo que es y como es Dios. El simbolismo del Divino Corazón es capaz de significar ante Dios más de lo que pudiera significar un tratado de filosofía, y esto propiamente porque Dios, en su amor, no se limita a teorías, sino que obedeciendo a la ley de la Encarnación, se da completamente y asume por consecuencia la realidad humana en su integridad.

El Corazón de Jesús, esta imagen de su existencia humana, es un centro que ilumina las relaciones que existen entre la humanidad de Jesús

y la profundidad y dignidad del divino Logos, que ha asumido como suyo este corazón. Mejor que en otra parte se puede ver en ese corazón la intuición de lo que es Jesucristo: Es la unión inseparable e inconfundible entre la divinidad y la humanidad, es la revelación y la realización del amor de Dios hacia las criaturas. La humanidad de ese Corazón es igualmente la manifestación y la expresión de Dios que va siempre a más, de Dios sobrepasa y en mucho nuestra inteligencia humana y que manifiesta su grandeza en el don de sí mismo en un amor sin fin.

(.....)

Esto representa un don y un deber para los sacerdotes. Es un deber que imprime sello a toda su exigencia y la ocupa enteramente. El sacerdote debe representar el amor de Dios ante el mundo, debe ser la imagen visible del Corazón amoroso de Jesús. Además, debe representar de manera visible y convincente el amor del mundo hacia Dios, amor que se origina en ese Corazón de Jesús que se da continuamente al Padre.

Ello procura al ser y a la actividad del sacerdote la doble dimensión que según el Corazón de Nuestro Señor reúne espiritualidad y acción pastorales u orientación que de Dios desciende hacia el hombre y orientación que del hombre se eleva hacia Dios.

¿Por qué preguntarse entonces si hoy ciertos valores propios del ministerio sacerdotal desaparecen? Por qué el principio nestoriano de la desagregación amenaza crear entre los sacerdotes una crisis de identidad? ¿Las facultades concedidas al sacerdote por su ordenación serán suficientes para definir la estructura interior y la imagen del mismo sacerdote? La respuesta a estas preguntas, la solución y el camino se encuentran aquí: ¡en el Corazón de Jesús!

El ministerio de la predicación encuentra de igual modo su motivación en Él, su contenido y su estilo. El Señor, no pregunta por tres veces a Pedro «Me amas tú»? y a la triple respuesta afirmativa de Cristo le dice cada vez «¡apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas!» No se puede amar sin conducir hacia el pasto a los corderos. Quien ama al Señor no puede abandonar los corderos. Debe conducirlos a los buenos pastos. Debe introducirlos a la verdad toda entera del Evangelio completo, original. Debe perseguir con valor al lobo rapaz. No debe huir como lo haría un mercenario. Si es preciso dará la vida por sus ovejas. En la predicación, en lo que hace, en lo

que es el sacerdote buscará poner en evidencia sobre todo que Dios tiene un afecto para el hombre y que la abundancia del amor de Dios se manifiesta en el seno de la Iglesia. En el sacerdote debe ser visible el corazón de Dios para el hombre, el corazón del hombre para Dios y la unión de los hombres en el Corazón de Jesús. El Corazón de Nuestro Señor será así una auténtica síntesis de nuestra fe y de nuestro ministerio sacerdotal.

Finalmente, cuando más el sacerdote ama al Señor, más fielmente anunciará su mensaje y participará tanto más en su efecto. El camino de la predicación es siempre camino de la cruz y por esto es también un camino de redención y de victoria. Predicación y martirio constituyen el testimonio del Señor, de la participación en su cruz y en su resurrección. Quien ama el Corazón de Jesús crucificado sobre la cruz no puede silenciar ese Corazón, por lo que lo hará igualmente objeto de su predicación.

El Corazón de Jesús y el servicio eucarístico del sacerdote

La encíclica «Haurietis Aquas» pone en evidencia el vínculo estrecho que existe entre el amor divino que debe llamear en el corazón de los cristianos y el Espíritu Santo que es el Amor en persona (6). Se ve cómo la devoción al Sagrado Corazón conduce hasta la profundidad del misterio de Dios Trinidad y del Logos Encarnado, y cómo «la devoción al Sagrado Corazón bien comprendida y bien practicada puede eventualmente volver el equilibrio perdido» (7). «Digitus Dei est hic», lo que nos indica igualmente la devoción al Sagrado Corazón (8).

Es válida esto especialmente por lo que concierne a la renovación de la piedad eucarística. Tal piedad, igual que la devoción al Sagrado Corazón, se resiente de la actual crisis teológica y pastoral. La renovación de una traerá una ventaja para la otra. «En el Sagrado Corazón se separan las almas» (9). Se podría añadir: En el Corazón de Jesús se renuevan y se iluminan las almas.

La devoción al Sagrado Corazón se encuentra

en estrecha relación con el misterio de la Trinidad y de la Encarnación, pero también con el misterio de la Iglesia y de la Eucaristía. Que Él me permita ilustrar brevemente esta última relación con la piedad eucarística y con los servicios eucarísticos del sacerdote.

Pío XII dice en su encíclica «Haurietis Aquas» (10): «El cristiano adorando el Corazón de Jesús, reconoce en él, en conformidad con la Iglesia, un símbolo y casi un rasgo de la caridad divina que en el Corazón del Verbo Encarnado es incitado a amar al género humano contaminado por el pecado».

Este amor se manifiesta en cierto punto por el don del Hijo en su muerte sobre la cruz por la voluntad del Padre. En el sacrificio de la Misa el Gólgota viene a ser para nosotros —y para Cristo que se inmola— una realidad concreta y presente. Según la expresión de León XIII copiada por Pío XII en la «Haurietis Aquas» (11), la devoción al Sagrado Corazón nos recuerda este acto supremo de dilección por el cual nuestro Redentor profundizando en todas las riquezas de su corazón instituyó el verdadero sacramento eucarístico gracias al cual Él queda entre nosotros hasta el fin de los tiempos. Pío XII cita además la afirmación de San Alberto el Grande (12): «La eucaristía, fruto de tanto amor, no es ciertamente el menor don de su Corazón».

La devoción al Sagrado Corazón no es otra cosa que lo que es la piedad eucarística. Si pues se puede afirmar que la vida sacerdotal es la actividad pastoral, deben los sacerdotes inspirarse en el sacrificio de la cruz y en el sacrificio eucarístico, lo que es igualmente válido para el culto del Sagrado Corazón. El sacerdote que ama al Sagrado Corazón o su caridad, amará igualmente la Santa Misa y la vivirá. Sabrá guiar a los fieles a la comprensión íntima del sacrificio eucarístico, trabajará hasta que ellos reconozcan el amor del Corazón divino y se dejen dirigir por él. Y lo hará tanto más cuanto más él esté convencido de la necesidad de amor que atormenta la humanidad de hoy.

Con un corazón amoroso Nuestro Señor inmediatamente después de la última Cena confió a sus Apóstoles: «Ardientemente he deseado comer esta Pascua antes de mi Pasión» (13). La Eucaristía

6. AAS o.c. 311.

7. Cf. Rudolf Graber: *La Devotion au Sacré Coeur*, o.c. 380.

8. N. Nilles: *Deliberationibus Festorum d. Cordis Jesu*. I, Innsbruck, 1885, 91 et 108.

9. Hugo Rahner, o.c. 344.

10. AAS o.c. 344.

11. AAS o.c. 351.

12. AAS o.c. 351.

13. Lc. 22, 15.

es el don más grande del Corazón amoroso de Jesús. Después de Pío X, el carácter convivial de la Santa Misa es cada día más afirmado teológica y pastoralmente en la vida cristiana. Ahora, por modo análogo a aquel que llega hoy día en el mundo se notan tendencias a representar muchas veces el banquete eucarístico en una sola dimensión horizontal. Por consiguiente, se negligea la preparación a la Santa comunión y no se tiene en cuenta elemento tan dispensable como el amor. La devoción al Sagrado Corazón podrá volver a dar a la piedad eucarística esta intimidad y esta libertad, este fervor, este calor que ella necesita.

Séame permitido citar una vez más la «Haurietis Aquas» (14) y de Pío XII: «Movidos por el deseo de poner un freno contra los que conspiran impíamente contra Cristo y su Iglesia y de conducir de nuevo a la familia y a la sociedad al camino del amor de Dios y del prójimo, no dudamos en afirmar que la devoción al Sagrado Corazón es una escuela muy eficaz de caridad divina».

Tal potencia de lenguaje y seguridad de juicio es bastante inhabitual en nuestros días. Pero esto que dice Pío XII es verdad: durante decenas de años, la devoción al Sagrado Corazón y la Hora Santa del jueves antes del Primer Viernes de mes, eran consideradas como los pilares de la piedad de nuestras parroquias. Hoy, por lo menos en Alemania, se echa de ver la falta de una santa piedad popular. Tal vez convendría restituir la devoción al Sagrado Corazón poniéndola de nuevo en el centro de la piedad popular. Los cristianos de nuestros días parecen de nuevo sensibles a las grandes ideas conexas a la adoración y a la expiación. Los sacerdotes especialmente tienen por lo tanto necesidad de estimularlas.

Se encuentra —por lo menos en Alemania— una especie de atropía en las oraciones, en la oración personal y sobre la oración común en familia. La necesidad de un nuevo apostolado de la oración se impone. Existe, sin embargo, para ello mejor y mayor imperativo, un «corazón» más apto para el apostolado de la oración que el mismo Corazón de Jesús? Y esto no será otra cosa sino que se habrá descubierto de nuevo el amor salvífico del divino Corazón, y esto representará que este amor será escuchado en forma más sincera, porque entonces este amor abrirá una brecha en el corazón de los fieles y podremos esperar una evolución de la Iglesia hacia una renovación espi-

ritual y hacia una nueva Pentecostés. Una sana devoción al Sagrado Corazón de Jesús, además de las ventajas espirituales que trae consigo, ayudará sobre todo a superar el formalismo que desagrada y a incorporar en la vida cristiana otras dimensiones que las puramente horizontales y paganas, y a vencer especialmente la mezquindad.

El impulso hacia la devoción al Sagrado Corazón se transfiere en toda la Iglesia y se inserta en su universalidad. Interesa por lo tanto a fortiori a la Jerarquía eclesiástica. A esta devoción acogido por los diferentes papas y en virtud del Magisterio Supremo le han dado un sólido fundamento teológico y litúrgico en la Iglesia. Tal fundamento se ve ahora sumergido y debería ser puesto de nuevo a la luz, remodelado y sobre todo impuesto a una nueva acción pastoral. Entre tanto, los sacerdotes que tienen a su cuidado las almas, deben abandonar esa actitud escéptica que se comprueba hoy día ante ese acontecimiento de hace 300 años, ocurrido en Paray-le-Monial, en circunstancias realmente modestas, y acogido en la historia de la Iglesia católica. «Caro salutis est cardo», esta expresión de Tertuliano (15), es válida aún hoy día.

El estímulo que proviene del Año Santo y el que deriva de la devoción al Corazón de Jesús, constituyen la melodía de fondo de este Congreso. Cada época tiene necesidad de redención. Si interpretamos bien los signos de los tiempos que corren, hemos de decir que también hay necesidad de la onda salvífica que brota del Corazón divino del Redentor. De hecho, no es raro que el malhechor aparezca impúdico y osado en un mundo que parece perder los valores morales, y con frecuencia el hombre se siente débil ante las numerosas potencias que procuran engañarle y a jugar con él. Es lo que Hugo Rahner afirmó en 1950 y es muy verdadero (16): «Cuanto más nuestra época se acerca con temor al fin, más el creyente habrá de procurar esconderse en la herida de Dios y encontrar refugio, un salutis refugium». Sólo el «Mysterium» puede consolarle (17). Sólo el misterio del Corazón de Jesús salva el mundo. La devoción al Sagrado Divino Corazón es tanto más urgente cuanto más nos aproximamos a los fines últimos.

15. *De la resurrección de 1 char 8, 2 PL 2 806 A.*

16. *Mirabilis progressio dans Cor Jesu.* I, Roma, 1959, 57.

17. Cf. Karl Pflieger: *Seul le mystère*, Franckfort, 1957.

14. AAS o.c. 351 s.

BREVE BIOGRAFIA DEL PADRE RAMIERE

NARCISO TORRES



El P. RAMIERE, niño

Henrique María Félix Ramière nació en Castres el 10 de julio de 1821. Era el quinto hijo después de cuatro hermanos. Su padre, juez de un tribunal civil, se llamaba José Ramière; su madre, dedicada por entero al hogar, tenía por nombre Mélanie Guy. Al día siguiente de nacer fue bautizado en la iglesia de la Platé. Toda su vida dio gracias a Dios de haber sido bautizado.

A los nueve años, gracias a su memoria, decía la «misa» bajo las miradas de sus hermanas en una especie de juego inocente, pero que sin duda empezaba a marcar bajo la mano de Dios el destino del pequeño Enrique.

En el año 1832 marcha a España para ingresar en el colegio de los jesuitas de Pasajes. La razón de ello es porque sus padres quieren evitar a toda costa la entrada de su hijo en la Universidad, no en vano había dicho Lamennais que los Liceos eran el vestíbulo del infierno, consecuencia de la revolución de 1830 de inspiración anticlerical.

El 13 de abril de 1833 hace en Pasajes su primera comunión. Su estancia como escolar es recordada por sus condiscípulos como un alumno movido, divertido y lleno de iniciativa personal. El 12 de julio de 1834, por Orden Real fue cerrado el colegio de Pasajes debido a la política masónica y liberal que rodeaba a la reina gobernadora, María Cristina. Profesores y alumnas al cabo de dos días marchaban hacia Francia. El pequeño

Enrique se dirige entonces a Friburgo, en donde se hallan sus padres, quienes confían de nuevo a su hijo a los jesuitas de aquella ciudad. Aquí aprende Latín, Matemáticas, Ciencias naturales, Derecho, Filosofía y Teología. Entre los alumnos pasaba por ser el «cabeza de la clase», pero también era el mejor compañero de ella.

En 1838, Enrique decide hacerse jesuita, sus sueños infantiles de decir misa iban a ser realidad; con este fin y ante la alegría paterna, entra en el noviciado de Aviñón el 15 de junio de 1839. El 15 de junio de 1841 realiza ya sus primeros votos. En 1842 es enviado a Vals para completar sus estudios de Filosofía y al año siguiente se dirige a París para prepararse para la predicación. En 1844 retorna a Vals para seguir allí los cursos de Teología. Finalmente, el 10 de enero de 1847, es ordenado sacerdote por Monseñor Darcimoles, obispo de Puy; este mismo mes celebrará en Vals su primera misa. Permanecerá en Vals un año más para terminar el último curso de Teología.

Sus superiores pensaron que el P. Ramière sería un misionero en América del Norte, y con este fin es enviado a Inglaterra para aprender inglés. Su nueva residencia será Stonyhurst, en donde enseña Metafísica y Ética, además de ir a pescar el salmón, cosa que le encantaba. Los domingos se dedica a predicar en las iglesias. Por su talento y gran facilidad de palabra, pronto adquiere fama y renombre. Por sus dotes de predicador demostradas sus superiores cambian de parecer y en vez de enviarlo a las Américas, en setiembre de 1850 lo destinan a Vals como profesor de Teología, cargo que mantiene hasta 1859, excepto el año de la tercera probación en 1854. En 1860 enseña de nuevo Filosofía, hasta que al cabo de tres años, siendo él uno de los fundadores de la Universidad Católica de Toulouse, se ocupa de la enseñanza del Derecho natural y de la Teología dogmática.

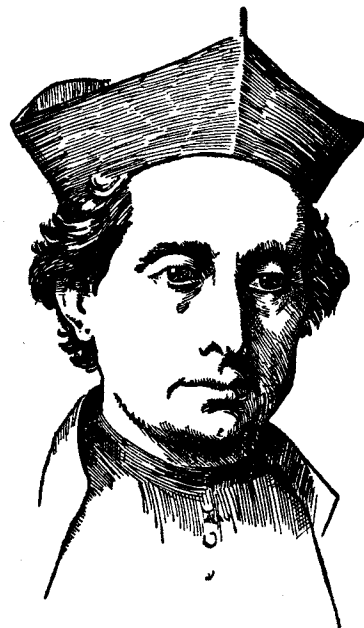
De 1872 a 1877 estuvo en Lyon como redactor de la revista «Etudes», y a partir de 1878 hasta su muerte, su vida se despliega como profesor en Vals, en Toulouse y en Stonnyhurst. Era un hombre de acción, le gustaba el ruido rodeado de sus

alumnos en el parque; donde había más alboroto, allí estaba él. Se interesaba por todos los aldeanos de Vals, a quienes conocía personalmente; era querido por todos los que lo rodeaban; cuanto tocaba era transformado.

En 1870 murió su hermano Emmanuel, a los 40 años, dejando esposa y tres hijos. El Padre Ramière acudió en seguida en su ayuda, preocupándose de la educación de sus sobrinos y del bienestar económico y espiritual de su cuñada viuda.

En 1861 creó la revista «Le Messenger», para la propagación del Apostolado de la Oración, que tan rápidamente se había de extender. Se dirige, pues, a Toulouse, capital de su provincia religiosa, con el fin de obtener el permiso del obispo para imprimir dicha revista. En la audiencia que tuvo con Monseñor Desprez, arzobispo de Toulouse, no obtuvo un resultado positivo, pues el arzobispo pensó que ya había suficientes revistas religiosas y que una más era más bien impropcedente. El Padre Ramière calla, espera y reza.

Sucedió entonces que visitó a una comunidad de monjas en el monasterio de la Visitación, a quienes recomendó su proyecto e hizo un obsequio a la Madre Superiora de su libro «El Apostolado de la Oración». La Superiora no hizo mucho caso del obsequio, pero deja el libro en manos de la hermana Sor María Gertrudis, quien según la Superiora era «aficionada» a esta clase de cosas. Sor Gertrudis se entusiasma con este libro y decide intentar conseguir lo que el Padre Ramière no pudo. Con ocasión de la visita del Vicario General a su comunidad, el Rvdo. Padre Pous, Sor Gertrudis solicita una entrevista con él en compañía de la Superiora de la comunidad. Sor Gertrudis, a causa de su sordera, seguía con los ojos la conversación de la Superiora con el Padre Pous y al percibir un momento de silencio suplica al Padre Pous que se haga abogado defensor de la obra del Padre Ramière; la respuesta fue negativa. Entonces Sor Gertrudis se puso a llorar y a continuación dijo al Padre Pous con lágrimas en los ojos que al menos le prometiese que se leería el libro del Apostolado de la Oración, cosa que en tales circunstancias no se atrevió a denegar. Gracias a los sollozos de esta humilde salesa Sor Gertrudis se pudo conseguir que el Padre Pous se leyese este libro, y entusiasmado también se convirtiese en abogado defensor del Padre Ramière. Así se estableció en Toulouse la dirección del «Messenger» y la dirección general del Apostolado de la Oración.



EL P. RAMIERE, jesuita

«Muchos son los caminos del Señor» y el Padre Ramière era el primero en tocar todas las puertas y con oración intensa llevaba adelante los designios de Dios. Varias veces visitó a Su Santidad Pío IX, quien ya lo conocía personalmente, con el propósito de conseguir la consagración de la Iglesia al Sagrado Corazón de Jesús. En 1875 viaja a Roma una vez más, con el mismo fin; visita a distintos cardenales, de quienes obtiene promesas vagas; nadie se quería comprometer. El Padre Ramière prosigue sin cesar martilleando con este proyecto a todo el que se encuentra. Esta vez en la audiencia con Su Santidad Pío IX se desarrolla el siguiente diálogo:

—Pues bien —dice el Papa—, qué quiere usted esta vez?

El Padre Ramière le expone por décima vez su proyecto.

—Veamos —le objeta el Papa—. Verdad que yo ya he sido consagrado? Entonces, ¿es necesario que me consagre de nuevo? Y la Iglesia entera, ¿no está ella también consagrada al Sagrado Corazón?

El Padre Ramière queda un momento pensativo y exclama:

—Santo Padre, la Iglesia está en este momento duramente atacada; la tempestad no amainará por ahora si la consagración al Sagrado Corazón no se efectúa.

—¡Cómo! Padre Ramière, ¿usted dando una lección al Papa? Merece por esto una penitencia.

—Todo lo que quiera, Santo Padre. ¡La obediencia por encima de todo!

—¿Dónde va a comer hoy?

—En casa de Monseñor X..., Santo Padre.

—Pues bien, antes de comer os pondréis de rodillas y Vos mismo haréis vuestra acusación. ¡Ea!, dadme vuestros papeles, yo haré lo que Vos me pedís.

Se consiguió así, a través de la tenacidad, la Consagración anhelada, cosa que en nuestros días sería de desear una nueva reconsagración de la Iglesia, especialmente en nuestro país, al Sagrado Corazón de Jesús por los mismos motivos.

El Padre Ramière escribía y rezaba para acrecentar la devoción del Sagrado Corazón y en vida pudo contemplar su obra, ya que el «Messenger» se editaba en diversas lenguas y se publicaba en muchos países.

Trabajaba tanto que el 3 de enero de 1884 al ir a decir la misa sufrió un desmayo, cayendo por los suelos. Quienes lo levantaron para reanimarlo ya nada pudieron hacer por él. El Gran Apóstol

del Corazón de Jesús había muerto a causa de su entrega total; no descansó hasta conseguir lo que se había propuesto y esta abnegación acabó con la resistencia de su cuerpo, mermado por los infatigables e ininterrumpidas empresas al servicio de la devoción del Corazón de Jesús. Y así como Él lo dio todo hasta la muerte y muerte de Cruz para redimirnos, el Padre Ramière entregó su vida al Apostolado de la Oración, dejándonos una obra cuyos frutos son incontables, dándonos una iniciativa y ejemplo en los que deseamos humildemente seguir, y abriendo en fin las puertas de una inmensa temática teológica, como es el Corazón de Jesús, a la que él mismo calificaba de inagotable. Entre sus notas figura una serie de hechos que, en acción de gracias a Dios, el Padre Ramière había escrito. Entre éstos figura el que Dios lo apartase de la Universidad a donde él estaba destinado; esta acción de gracias cobra hoy una seria actualidad, porque ¿es acaso esta noble institución hoy obra de Dios? Las respuestas a la vida misma y a nuestros problemas hay que buscarlos como hacía el Padre Ramière en el fondo del consolador Corazón vivo de carne de Jesús; otra cosa es perder el tiempo.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

«CULTURA BIBLICA Y RELIGIOSA» *

En este libro, como en tantos otros, su autor, R. P. Severiano del Páramo, S. I., como profesor que ha sido de Sagrada Escritura en la Universidad Pontificia de Comillas, fundamenta sus enseñanzas en la «Palabra de Dios que permanece para siempre».

Este reciente volumen, séptimo de la serie, va dividido en 8 secciones: 1) Año Santo; 2) Año Internacional de la Mujer; 3) Jesucristo Redentor; 4) La Madre del Redentor; 5) Los caminos de los hombres; 6) Temas de actualidad; 7) Brevedad de la vida humana; 8) Necrología.

Como puede verse, la primera y segunda sección la constituyen temas de actualidad; la tercera ilustra las dos primeras; la cuarta tiende a intensificar la devoción a la Virgen; la quinta describe los caminos que sigue la vida de muchos hombres; la sexta toca problemas de nuestros días; la séptima, de índole ascética, nos recuerda la brevedad de la vida, y la octava describe brevemente la santa vida del Padre Manuel García Nieto.

* Vol de 21 x 14 cm., tapa en cartulina; precio: 150 Ptas. Pedidos a SAL TERRAE, Apartado 77, Santander.

«LUZ PARA TU CONCIENCIA» *

Se ha publicado la segunda edición de este libro, que constituye un «Diálogo abierto sobre problemas religiosos para orientar el pensamiento y la vida de los jóvenes», dedicado especialmente a los de la Universidad Laboral de Gijón, en el que su autor, Alviso, se propone llevar un poco de luz, un poco de orientación a las conciencias oscurecidas, desorientadas por esa espesa neblina de la duda que ha penetrado en tantas mentes cristianas, sobre todo juveniles.

Consta de cinco capítulos, cuyo solo enunciado despierta el interés por lo candente de sus temas: I. La Misa, ¿para qué?; II. Yo creo en Dios, pero no en los curas; III. ¿Se acaba la confesión?; IV. Yo soy libre y hago lo que me da la gana; V. La penitencia y la pureza, ¿desfasadas?

«Amenidad, claridad, sencillez, pureza de doctrina, criterio sano y afán apostólico» son las notas más destacadas de este libro, como todas las del mismo autor.

* Vol. de 215 págs. Editado en Gijón, 1975.

INTENTOS DE SUBVERSION EN LA IGLESIA DE CRISTO

ROBERTO CAYUELA, S. I.

La encarnizada lucha que, por permisión divina, sostiene y dirige ahora Satanás, «el Príncipe de este mundo», el enemigo de la naturaleza humana secundado por los que militando debajo de su bandera son sus satélites, emisarios y fautores, tiene un objeto directo y primario. Y este objeto es la Iglesia de Cristo, su Institución divina, su Constitución jerárquica, su Magisterio supremo y su Potestad de santificar y regir a todos los hombres, para que consigan su último fin sobrenatural, que en el lenguaje cristiano se llama «la eterna salvación»; y que es nada menos que la dichosísima participación de la vida Trinitaria de Dios, y consiguientemente la participación de la inmensa felicidad de Dios en la vida eterna del Cielo.

Se intenta ahora la subversión de la Iglesia de Cristo; una *subversión* so pretexto de una necesaria *conversión* de la Iglesia.

Con vivo estupor y profunda tristeza oímos, no hace mucho tiempo, en la homilía de la Misa en la que un sacerdote religioso iba a hacer su definitiva profesión, y de labios de él mismo, estas audaces palabras:

«Roguemos por la Iglesia, para que se convierta al mundo que Cristo vino a salvar».

Espontáneamente no pudimos menos de prorrumpir en lo íntimo de nuestra alma en esta forma:

Tú eres el que has de convertirte a la Iglesia, tu Madre y tu Maestra, y no afrentarla rogando a Dios para que se convierta Ella a un mundo que Cristo y los Apóstoles reprobaron, como contrario en su espíritu y en su vida al espíritu y vida del Evangelio; a un mundo que tiene por Príncipe al Diablo, cuyas obras vino Cristo a deshacer. Lo dice claramente San Juan: «Para esto se manifes-

tó el Hijo de Dios: para destruir las obras del Diablo» (I In., 3, 8).

Y aun entendida la palabra *mundo* en su acepción del conjunto de todos los hombres, es cosa cierta que Cristo vino a salvarlo; pero por medio de la Iglesia; y mientras el mundo, el conjunto de los hombres, no se convierta a Cristo por la Iglesia, no puede ésta aprobar los criterios y conducta del mundo, y menos conformarse con ellos, sino esforzarse por ser fermento del mundo, instruyendo a todos los hombres con los criterios y conducta de Cristo, según el Santo Evangelio.

Y lo peor es que los intentos para la subversión de la Iglesia proceden hoy, en gran parte, desde dentro de la misma Iglesia, por obra de no pocos de sus hijos, que haciendo el juego a los que desde fuera atacan a la Iglesia, intentan minarla y destruirla.

Ningún Sumo Pontífice en toda la Historia de la Iglesia, pudo afirmar lo que con profundísimo dolor de su alma se ha visto como obligado a decir el Papa Pablo VI: «*Estamos ante una verdadera autodemolición de la Iglesia*»; es decir, ante una subversión de Ella, por obra de no pocos de sus hijos.

Los ataques de esta lucha contra la Iglesia, desde dentro de Ella, tienen variada índole y son múltiples; por lo cual no cabe la debida denuncia de ellos, ni aun siquiera la escueta recensión de todos, en los límites de este artículo.

Nos ceñiremos, pues, a tres formas de ataque o de intentos de subversión de la Iglesia; o, por mejor decir, a tres grupos de cristianos, que de una u otra manera están haciendo ahora esta increíble y nefasta obra de intentar la subversión de la Iglesia de Cristo.

1.º LOS QUE PRESCINDEN DE LA IGLESIA

Una manera de atacar a la Iglesia es prescindir de Ella, desentenderse de cuanto Ella enseña y dispone; vivir como si la Iglesia no existiese.

No es infrecuente oír decir lo que recientemente supimos había dicho, y ante su misma madre, una joven esposa y madre, hija de unos pa-

dres santos, que tiene un marido ejemplarmente cristiano y fue educada en un Colegio de Religiosas. Se expresó, pues, en estos términos: «Yo me entiendo y me arreglo directamente con Dios; y esto me basta. No me hace falta la Iglesia; y así es que prescindio completamente de cuanto Ella diga, enseñe o mande».

Quien así piensa y así se expresa, es cosa clara que ataca, aunque de un modo indirecto, pero tristemente efectivo y eficaz, a la Iglesia. No se dará cuenta, quizá, de que la ataca, pero la verdad es que la ataca.

¡Ah!, pero quien así piensa y habla incurre en una equivocación muy funesta y en un error muy grave; porque la verdad es que Cristo fundó su Iglesia, como continuadora de su obra de redención y de salvación de todos los hombres; y para ello le comunicó su triple divino poder de enseñar, de santificar y de regir a los hombres de todas las naciones y razas. Quiso Cristo que las verdades que Él nos reveló nos fuesen transmitidas tan sólo por el Magisterio de la Iglesia Jerárquica;

estableció que sus preceptos, leyes y normas de vida cristiana nos llegasen únicamente a todos nosotros por la Jurisdicción o Gobierno de la Iglesia Jerárquica; y confió tan solamente a la Iglesia Jerárquica sus medios de santificación, principalmente el Sacrificio Eucarístico y los siete Sacramentos, fuentes de la vida sobrenatural de la Gracia; para que los hombres todos recibiésemos todos esos medios de santificación en orden a la vida eterna, tan sólo por el Ministerio de la Iglesia.

Por todo esto, el que no se atiene y no se somete a la voluntad de Cristo, manifestada en sus divinas disposiciones, se queda sin los maravillosos bienes que Cristo nos trajo y que confió a su Iglesia, para hacernos hijos de Dios y herederos del Cielo. Hermosamente dijo San Agustín, repitiendo lo que solía decir San Cipriano: «No tiene a Dios por Padre quien no tiene a la Iglesia por Madre.» Los que prescinden de la Iglesia de Cristo se quedan sin los frutos de la Redención de Cristo.

2.º LOS QUE ANTEPONEN LA DOCTRINA Y LA OBRA DEL MARXISMO A LA DOCTRINA Y A LA OBRA DE LA IGLESIA

La opción por el Marxismo por parte de muchos cristianos, y aun sacerdotes y religiosos, es una realidad innegable y de suma gravedad, aunque se presente en formas muy distintas, e incluso ideológicamente en contraste entre unas y otras.

Hablando el Papa Pablo VI de esta adhesión creciente a las corrientes marxistas, nos ha advertido gravemente lo que sigue:

«Se impone un atento discernimiento, porque demasiadas veces los cristianos tienden a enaltecer y aun a idealizar el Marxismo, como si en él todo y sólo fuese voluntad de justicia, de solidaridad y de igualdad. Se niegan muchos cristianos a reconocer las construcciones de los movimientos históricos marxistas, que continúan condicionados por sus ideologías de origen.»

«Entre los distintos niveles en los que el Marxismo se expresa: aspiración generosa y búsqueda de una Sociedad más justa; ideología con pretensiones de ofrecer una visión total y auténtica del hombre; es necesario establecer distinciones claras que deberán guiar las opiniones concretas. Sin embargo, estas distinciones no deben tender a considerar los objetivos mencionados como com-

pletamente separados e independientes de las ideologías auténticamente marxistas.»

«La atadura concreta que existe entre lo que se propone y lo que se disimula y aun se oculta, para engañar a los incautos, debe ser descubierta lúcidamente, y esta perspicacia permitirá a los cristianos precisar el grado de compromiso posible en esta línea, una vez asegurados los valores, sobre todo de libertad, de responsabilidad, de primacía de lo espiritual, que garantiza el desarrollo integral.» — Así el Papa Pablo VI.

Ya durante el Concilio Vaticano II, Monseñor Hakin emitió el siguiente juicio, adoptado después por el «Manifiesto de 18 Obispos del Tercer Mundo»: «Los cristianos tienen el deber de demostrar que el verdadero Socialismo es el Cristianismo, vivido integralmente, en el justo reparto de los bienes, y en la igualdad fundamental de todos los hombres, como hijos de Dios.»

En la emisión radiada de la Ciudad del Vaticano, el 2 de marzo de 1975, al dar la voz de alerta sobre las «Comunidades de base», la Emisora Pontificia impugnó y atacó con energía la infiltración marxista en estas comunidades que se

autodifinen «cristianas». El III Convenio Nacional de Comunidades de base, celebrado en Florencia del 25 al 27 de abril de 1975, fue calificado en dicho Diario hablado de Radio Vaticana como un conjunto de comunidades marxistas que se autodifinen «cristianas».

Y la Emisora Vaticana prosiguió: «De la lectura de las resoluciones, mociones y otros documentos, realizada por el Convenio, queda claro el hecho de que los participantes se han inspirado en la ideología marxista».

Y tras citar algunos párrafos de documentos del Convenio, Radio Vaticana dijo: «Es grave que instrumentos de análisis social, en íntima conexión con una visión filosófica que está en antítesis con la visión cristiana, sean antepuestos a las orientaciones y directrices del Magisterio de la Iglesia, al que Cristo confió la misión de confirmar en la fe y guiar en ella a los seguidores de Cristo. Es grave, muy grave, que la Iglesia sea reducida, definiéndosela "institucional"», para acabar siendo condenada como un adversario, porque rechaza realizar elecciones de clase y permanece fiel a su misión de servicio, sobre todo espiritual y sobrenatural, de todos los hombres y de todas las clases sociales».

«La elección evangélica preferencial de los pobres y necesitados —siguió diciendo Radio Vaticana—, está fuera de discusión; pero la trunca y la cambia quien la pretende sustituir por una invitación a una formación de clase, en lucha con otras. Además de anteponer la ideología marxista al Magisterio y obra de la Iglesia, el Convenio de Florencia ha terminado deslizándose en aquel deplorable integralismo, que en nombre de la libertad pretendía evitar.»

Y esto que denuncia Radio Vaticana en un caso particular, es cosa muy generalizada; en lo cual está la gravedad del hecho.

Es realmente gravísimo que en Congresos, en conferencias, en revistas y en diarios hay quienes llamándose cristianos se atreven a decir que lo que la Iglesia no ha logrado conseguir en toda su historia, eso lo va logrando y lo conseguirá el Marxismo. Lo cual, además de ser una gravísima injuria a la Iglesia, es una patente falsedad histórica, que se funda en un absoluto desconocimiento de la verdadera Historia de la Iglesia, y de lo que Ella ha hecho desde los primeros siglos y sobre todo después de las irrupciones de los bárbaros, en todos los terrenos; no sólo en el religioso, si bien el principal sin género de duda

para la eterna salvación de los hombres, sino también en el cultural, en el asistencial, en el social. Causan asombro las instituciones de la Iglesia en beneficio y ayuda de los más necesitados. Podríamos aducir, como ejemplo, la incomparable obra social y asistencial de San Basilio el Magno, al fundar en Cesarea, su Diócesis, toda una nueva ciudad, con edificios o pabellones especiales para enfermos en general, para enfermos infecciosos, para dementes, para hospedaje de pobres y aun para refugio de vagabundos. Nada quiso el Santo Obispo que allí faltase para remedio de cualquier necesidad humana.

Cierran hoy muchos sus ojos para no querer ver la obra social secular de la Iglesia, sus maravillas de justicia y caridad cristiana; y se dejan influir por el Marxismo en la teoría y en la práctica de la Pastoral cristiana. Pretenden muchos identificar «Marxismo» con «Reino de Dios en la tierra». Hay quienes se esfuerzan por convencer a todos de que marxistas y cristianos buscan lo mismo: construir una Sociedad sobre la justicia y la fraternidad; pero para terminar diciendo que se ha de optar por el Marxismo, porque esa Sociedad, esa construcción de la sociedad justa y fraterna no la ha logrado hacer la Iglesia.

Finalmente, y aunque podríamos aducir otros innumerables datos de lo antedicho, copiemos unos pocos párrafos del docto y documentado artículo, publicado por Miguel Poradowski en la revista «Roma» de Buenos Aires (n.º 38, abril de 1975). Dice así:

«Con profundo dolor y aun con espanto observamos cómo actualmente las ideas erróneas, enemigas del Cristianismo, penetran en el ambiente católico, e incluso se van asimilando por la teología. Pero entre esas ideas erróneas, hoy por hoy, goza del mayor éxito el Marxismo. Con sorpresa y como de repente, constatamos que un considerable porcentaje del Clero y del Laicado piensa con las categorías del Marxismo, y que esto se va infiltrando dentro de la Iglesia, envenenando el pensamiento marxista, aun en el más estricto ciéndose en la Liturgia. Tratamos de despertar la atención de los Pastores, a fin de prevenirles contra el peligro, que para la pureza de la Fe presentan los numerosos trabajos teológicos, o más bien pseudoteológicos de los autores que se encuentran bajo una clara y evidente influencia del pensamiento marxista, aun en el más estricto sentido de la palabra; es decir, bajo el influjo del *diamat* (el materialismo dialéctico) y del materia-

lismo histórico; y más especialmente bajo la influencia de la doctrina marxista sobre la visión marxista de una ideal Sociedad socialista del futuro.

«Se esfuerzan hoy muchos por convencer a los cristianos de que éstos y los marxistas buscan lo mismo, tienen la misma finalidad... Y si tanto los cristianos como los marxistas tienen el mismo fin, deberían trabajar juntos para alcanzarlo. Más aún: quieren convencer los marxistas a los cris-

tianos de que el único camino que lleva al común fin es la revolución marxista; y de ahí sacan y pregonan la consecuencia y conclusión de todo, de que los cristianos deberían comprometerse con esta revolución.»

Todo esto lo va probando el articulista con argumentos convincentes y con datos innegables, pero no podemos seguir copiándolo. Sería cosa larga.

3.º LOS QUE INTENTAN SUSTITUIR LA IDEOLOGÍA DE LA IGLESIA CATOLICA POR LA IDEOLOGÍA DEL COMUNISMO

Quien pone el pie en un terreno resbaladizo, y que es cuesta abajo, no puede detenerse fácilmente donde quisiera; va resbalando y cayendo, y cada vez más abajo. Esto les sucede a muchos de los que comenzando por atraer a los cristianos hacia el Marxismo, acaban por hundirse ellos y los que se les han adherido, en el Comunismo, que es el que lleva todas las consecuencias del Marxismo a sus últimos extremos, hasta el ateísmo militante; ateísmo no tan sólo «sin Dios», sino «contra Dios».

Claro que a los cristianos no se les proponen desde un principio todas esas últimas consecuencias del Marxismo, ni todo lo que lleva dentro de sí el Comunismo; pero la fuerza de las ideas es terrible y avasalladora; y el que se deje dominar por la ideología comunista está perdido.

El 6 de febrero de 1961, el Cardenal Antonio Caggiano, Arzobispo de Buenos Aires y Primado de Argentina, escribió un impresionante y conciso prólogo a la magnífica obra «Marxismo-Leninismo» de J. Ousset, en su edición castellana de Argentina. El prólogo no tiene ni una palabra superflua; pero un párrafo de él se ha hecho célebre ahora, con motivo del discurso que ha pronunciado en el Congreso de los Estados Unidos el Presidente de la República Federal Alemana, Walter Scheel.

Escribía en 1961 el Cardenal Caggiano: «Lo trágico de esta hora y de este hecho es que siendo ella ideológica, no se da a las ideas la importancia esencial que les corresponde para la defensa y para la victoria. No solamente se permite la libre expansión e irrupción de las ideas materialistas y ateas en los países comunistas, sino también en los países cristianos, que el Comunismo quiere conquistar. Y lo terrible es que en estos países

cristianos se fomenten las ideas comunistas, indirecta pero eficazmente, contribuyendo así a que el "enemigo malo" conquiste primero las inteligencias, después las almas, para entrar luego como conquistador esperado, como salvador».

Tal es la verdad trágica y amarga en casi todas partes. Esta es la explicación del avance del Comunismo en el mundo, sustituyendo el Evangelio y la Iglesia por la ideología comunista.

Persona bien enterada nos ha dicho que ahora en España se reciben como consignación para la propaganda comunista tres mil millones de pesetas cada año. Propaganda de ideas comunistas; ideas de más fuerza que un ariete demoledor.

Los mismos comunistas declaran que su triunfo ha de ser por el triunfo de sus ideas.

En unas celebraciones del 10 de mayo, en Moscú, el entonces primer mandatario soviético, Khrushchev, refiriéndose a una detención y encarcelamiento de algunos comunistas en Egipto, dijo: «El Comunismo es solamente *ideas*; y las ideas no pueden ser encerradas en las prisiones. Se puede meter en la cárcel a un comunista; pero seguirá siendo comunista. El Zar metió en la cárcel a Lenín; pero Lenín, *con sus ideas*, construyó la nación mayor de la Historia» (CIO, n.º 360, páginas 5 y 6).

Así, pues, toda vigilancia es poca para impedir que las ideas comunistas sigan infiltrándose en las inteligencias; pues esas ideas, sin casi sentirse, irán sustituyendo, para inmensa desgracia y aun ruina de las almas, la ideología divina y salvadora de la Iglesia de Cristo, por la ideología destructora comunista.

Mas no temamos; «*non praevalerunt*»; todos los poderes del infierno no podrán prevalecer contra la Iglesia. Palabra de Dios.

VENID A MI TODOS...

FRAY ANTONIO DE LUGO, O.S.H.

Las palabras de Jesús tienen un gran poder de atracción; son palabras que contienen espíritu y vida, y el que las medite y profundice, encontrará en ellas maná escondido. Son, como afirmó el Apóstol San Pedro, «palabras de vida eterna» que proceden de la Palabra increada, sustancial, divina; son palabras que encierran un mensaje, siempre actual y fecundo, que procede del Padre. El Señor habla como Quien es, es decir, como Dios; sus mismos enemigos reconocían: «Habla como quien tiene autoridad»; en efecto, sólo Él puede invitar al hombre a buscar el sosiego, el descanso, la paz, porque sólo en Él encontrará el hombre de todos los tiempos la paz que necesita su alma atribulada, su corazón cansado. Cuántas veces exclamamos, con el Salmista: ¡hasta cuándo, Señor!; entonces la invitación de Jesús penetra hondamente, suavemente y nos abre horizontes nuevos, a la vez que un clima desconocido de alegría sossegada envuelve nuestro interior; es la huella del que pasa «mil gracias derramando»...; «es el toque delicado que a vida eterna sabe»... Leemos en el Apóstol y Evangelista San Mateo: «Venid a Mí todos cuantos andáis fatigados y agobiados, y yo os aliviare. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de Mí, pues soy manso y humilde de corazón y hallaréis reposo para vuestras almas. Porque mi yugo es suave y mi carga leve» (Mt. 11, 28-30).

¿Qué hombre hay, sobre la tierra, que, de una forma u otra, no sienta alguna vez el zarpazo del dolor en sus múltiples manifestaciones? El Divino Maestro quiere ser nuestro descanso, nuestra paz, nuestra alegría. Idea muy semejante, aunque envuelta en expresiones distintas, la encontramos en San Juan: «Si alguno tiene sed, venga a Mí y beba» (Jn. 7-37). Nuestra sed de vida, de felicidad, de amor, sólo en Jesús encontrará plena satisfacción: «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados» (Mt. 5-6). Sin embargo, el hombre, hambriento, pobre y agobiado por el peso de tantos sufrimientos, vuelve la espalda a Jesús, se aparta de Él, y en su loca presunción se atreve a hablar de la «muerte de Dios» y a decir con soberbia satánica: «No te necesito; no tenemos que pedir a Dios, lo

que debemos exigir de los hombres». La Iglesia, en la antigua liturgia de la fiesta del Sacratísimo Corazón de Jesús, nos lo muestra como «descanso para las almas piadosas y refugio de salvación para los penitentes» (Prefacio de la Misa). ¿Por qué se atribuye al Corazón lo que se debe afirmar de toda la persona? La contestación es sencilla y clara, y nos sitúa ante un tema de profundo contenido teológico y bíblico, cual es la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, que, en estos últimos tiempos, ha sido y es objeto de apreciaciones injustas y cuya valoración teológica tiene fundamentos muy débiles. Ha habido, incluso, presiones más o menos fuertes para suprimir de la celebración litúrgica la fiesta del Corazón Santísimo del Señor. Una decisión personal y firme de S. S. Pablo VI lo ha impedido, ordenando su celebración, como se venía haciendo, con el máximo rango litúrgico.

En tiempos no muy lejanos, el Papa, de inmortal memoria, Pío XII, en su Encíclica «Haurietis aquas» (15 mayo 1956) sale al paso de opiniones atrevidas que consideran poco sólida devoción tan venerable. Conviene tener en cuenta que no es una devoción más entre las muy recomendadas incluso por la Jerarquía de la Iglesia. Se trata de una devoción cuyas raíces están en el mismo dogma católico. Es verdad que en la Sagrada Escritura no encontramos alusiones explícitas al culto y devoción al Corazón de Jesús; se encuentran abundantes alusiones, así en el antiguo como en el nuevo Testamento, a lo que constituye el objeto formal de esta devoción. En tiempos más modernos, teólogos y doctores hablan de la devoción al Divino Corazón en términos más familiares a nosotros. El apoyo doctrinal, por tanto, del culto al Corazón de Jesús no estriba en revelaciones privadas, sino en argumentos teológicos extraídos de la agrada Escritura y propuestas por el Magisterio ordinario de la Iglesia, en los Pontificados de los Papas, León XIII, en su Encíclica «Annum Sacrum», 25 de mayo de 1899; Pío XI, en su Encíclica «Misererentissimus Redemptor», del 8 de mayo de 1928; Pío XII, en su Encíclica ya citada, «Haurietis aquas», del 15 de mayo de 1956; Pablo VI, en varias cartas.

La Unión Hipostática es la base teológica que sostiene la devoción y el culto al Corazón de Cristo. El Verbo del Padre, al asumir la humana naturaleza, no se despoja de su naturaleza divina; las dos, perfectamente distintas, subsisten en una Única Persona, la Segunda de la Santísima Trinidad, Sujeto agente de ambas. Es Perfecto Hombre (símbolo atanasiano) como es Perfecto Dios (símbolo atanasiano). Menos el pecado, tomó todo lo nuestro para salvarnos. Su Cuerpo, elemento esencial de su naturaleza de hombre, por su unión con la divina naturaleza, pertenece al Verbo de Dios; es, por tanto, adorable y según la norma de la Iglesia se le debe tributar culto de latria. El Corazón de ese Cuerpo, miembro nobilísimo y vital, ha sentido las vibraciones del amor humano por nosotros. Dejemos a un lado las opiniones de los expertos en psicología sobre cuál es la sede de los afectos; en cualquier caso, el corazón humano exterioriza, se inmuta por las emociones afectivas, y Jesús tuvo como Perfecto Hombre un corazón humano, que sintió por nosotros amor en su doble vertiente, espiritual y sensible, y que constituye el objeto de nuestra devoción al Corazón que lo ha sentido y lo ha exteriorizado. Además, como Jesucristo es también Perfecto Dios, y como tal no tiene cuerpo, el Corazón físico de la Humana naturaleza del Verbo Divino, como quiera que pertenece a una Persona Divina, es por tanto el símbolo más propio del amor eterno, increado, divino, con que Jesucristo nos ama; símbolo natural del amor que Cristo nos ha tenido y tiene como Hombre y como Dios; centrar nuestra atención y nuestro amor en ese «Horno ardiente de caridad» es caminar hacia Dios por Cristo, único Camino que nos lleva a Él. Además, el Corazón de Jesús no sólo nos habla del amor que tuvo al hombre, sino del amor que como Hombre tuvo a su Padre; por eso, las almas sólidamente piadosas y místicas han procurado, por la fe y el amor, penetrar en los íntimos secretos de ese Corazón divino; así lo hizo el Discípulo amado cuando, en la Última Cena, reclinó su cabeza sobre el pecho del Divino Maestro. San Juan de la Cruz canta con incomparable belleza y profundidad teológica los sentimientos del alma, que descubre, atraída por el Amor, los altísimos secretos de la Sabiduría y Ciencia de Dios, escondidos a los soberbios y revelados a los humildes, en la siguiente estrofa del Cántico Espiritual: «Allí me dio su pecho / allí me enseñó ciencia muy sabrosa, / y yo le di de hecho / a mí, sin dejar cosa; / allí le prometí

de ser su esposa». Son las delicadezas del Amado que el Señor reserva a quienes con humildad y limpieza de corazón le siguen; así lo declaró Él mismo: «Bendígote, Padre, Señor del Cielo y de la Tierra, porque encubriste esas cosas a los sabios y prudentes, y las descubriste a los pequeñuelos» (Mt. 11-25).

Los sagrados textos evangélicos ponen de manifiesto los sentimientos de amor sensible de Jesús para con los hombres; entre otras, son suficientes las siguientes citas. Ante la muchedumbre que le sigue ávida de escuchar su Palabra, el Señor exclama: «Tengo compasión de esta pobre gente»... No menos muestra su compasión hacia la viuda de Naím, que ha perdido a su único hijo, y realiza un milagro muy sonado. Ante la muerte de su amigo Lázaro, Jesús se conmueve y llora, expresión de amor y sincera amistad recogida por los que estaban presentes, que exclaman: «Ved cómo le amaba»... También lloró la ruina de la ciudad santa; era su patria, y Jesús la amaba, y por eso se emocionó fuertemente hasta derramar lágrimas. Todo lo cual movió a los Santos Padres a afirmar: «Cristo tuvo afectos verdaderos y santos» (San Basilio); «En caso contrario (si no tuviera corazón sensible) no hubiera experimentado tristeza (San Juan Crisóstomo); «La unión hipostática es el origen natural de los afectos del Verbo encarnado» (San Ambrosio); «Existe una íntima unión entre los sentimientos del Verbo encarnado y la finalidad de la Redención» (San Agustín); «Cristo se entristeció para mostrar su naturaleza» (San Jerónimo), etc., etc. Además de estas pruebas de sensibilidad fina y delicada hay otras manifestaciones que ponen al descubierto un amor mucho más profundo, espiritual, de Jesús para con su Padre y para con los hombres; todas ellas aparecen claramente en los misterios de su Pasión, Muerte y Resurrección; es la realización plena y exhaustiva de su doctrina sobre el amor: «No hay mayor prueba de amor que dar la vida por aquellos a quienes amamos» (Jn. 15-13). Son expresivas aquellas palabras de Jesús terminada la cena: «Para que el mundo sepa que amo a mi Padre, levantaos y vamos»... y salió, camino de Getsemaní, acompañado de los suyos; en muchas ocasiones les hizo ver cuanto les convenía que Él fuese entregado y padeciese injurias y afrentas y al final muriese en la Cruz, y llegada la hora, preludio de la gran prueba de su amor, exclamó: «Con gran deseo he deseado esta hora»... Amor fuerte, varonil, humano, en su doble dimensión,

sensible y espiritual es el amor de Jesús hacia el Padre y hacia los hombres; y amor divino, eterno, increado, inefable, el amor que como Dios nos tiene; así lo afirmó por Jeremías: «Te he amado con amor eterno, y por eso, compadecido, te ha atraído». Son abundantísimas las referencias al amor consignadas en casi todos los libros del Antiguo Testamento, con que Dios ama a los suyos, aunque en muchos casos veladas en bellísimos símbolos y alegorías.

No deja de ser significativo el hecho citado por San Juan en su Evangelio sobre la lanzada con que un soldado abrió el pecho de Jesús, después de su muerte en la Cruz. En la Sangre y Agua que brotó del costado abierto algunos Santos Padres han querido ver el nacimiento de la Iglesia, nueva Era, que es formada del costado del nuevo Adán, durante el sueño de su muerte en la Cruz. El costado del Salvador es la Fuente de aguas vivas que saciara ya, para siempre, el hambre y sed de Dios que todos padecemos; la virtud santificadora de los Sacramentos está, como en su Fuente, ahí. El agua del Bautismo y la Sangre del Sarcificio encierran, en cierto modo, todos los demás Sacramentos de la Nueva Ley. ¡Cuánta gratitud reclama de nosotros el amor con que Cristo llevó a cabo nuestra Redención! El Papa Pío XI, en la Encíclica «Misesentissimus Redemptor» trata teológicamente de la doctrina de la Reparación debida al Corazón de Jesús, la cual, juntamente con la Consagración, son esenciales a esta piadosa devoción. También el Papa Pío XII, en la «Mediator Dei», se ocupa por menudo del mismo tema, como de algo que está exigido por nuestra configuración con Cristo y el amor con que nos hemos de identificar con Él.

La Encíclica «Haurietis aquas», de Su Santidad Pío XII, escrita con ocasión del primer centenario de la extensión a toda la Iglesia de la fiesta litúrgica del Sagrado Corazón de Jesús, autorizada por el Papa Pío IX, en Decreto de 23 de agosto de 1856, es quizás el documento pontificio más completo y denso del Magisterio pontificio sobre este tema. En su introducción el Papa afirma: «...con toda razón podemos considerar en este culto, que cada día se enciende y extiende por todas partes, el inapreciable don que el Verbo encarnado y Salvador nuestro, como único Mediador de la gracia y de la verdad entre el Padre Celestial y el género humano, ha concedido a su Mística Esposa en los últimos siglos en que ha tenido que soportar tantos trabajos y dificulta-

des». El Documento magisterial es largo y no es mi pretensión hacer un comentario al mismo; solamente quiero destacar cómo el Sumo Pontífice confirma la doctrina de sus predecesores, y con argumentos irrefutables, fundados en la Sagrada Escritura y en la autoridad de los Santos Padres, hace ver la inconsistencia de quienes consideran esta devoción como «menos adaptada y aun nociva a las necesidades espirituales más urgentes de la Iglesia y de la humanidad en la hora presente... o de poca utilidad, en especial para los militantes del reino de Dios... no informada de altos pensamientos y afectos y, por lo tanto, más propia de mujeres que de personas cultas»... Después de dejar bien sentados los principios doctrinales de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, el Papa hace historia del culto al Corazón de Cristo en la Iglesia; cita algunos de los que llama «portestandartes de esta devoción», y de un modo especial dedica atención a Santa Margarita María de Alacoque, monja de la Visitación, «quien con la ayuda de su Director Espiritual, el Beato Claudio de la Colombière, y con su ardiente celo, consiguió que este culto, no sin admiración de los fieles, adquiriese un gran desarrollo, y revestido de las características del amor y de la reparación, se distinguiese de las demás formas de piedad cristiana». Es evidente, añade el Pontífice, «que las revelaciones de que fue favorecida Santa Margarita María no añadieran nada nuevo a la doctrina católica... De hecho, mediante una manifestación tan excepcional, Jesucristo, expresamente y repetidas veces, indicó su Corazón como símbolo con que estimular a los hombres al conocimiento y a la estima de su amor, y al mismo tiempo lo constituyó como señal y prenda de misericordia y de gracia para las necesidades de la Iglesia en los tiempos modernos».

Finalmente, el Papa afirma: «A la verdad, si se ponderan debidamente los argumentos sobre los que se funda el culto al Corazón herido de Jesús, todos verán claramente que aquí no se trata de una forma cualquiera de piedad, que uno pueda posponer a otras o tenerla en menos, sino de una práctica religiosa sumamente apta para conseguir la perfección cristiana. Si la devoción, según el concepto teológico tradicional, expresado por el Doctor Angélico, no es otra cosa que la voluntad pronta de dedicarse a cuanto se relaciona con el servicio de Dios, ¿puede haber servicio divino más debida y más necesario, y al mismo tiempo más noble y suave que el que se presta

por amor? Es digna, pues, de sumo aprecio una forma de culto mediante la cual el hombre honra yama más a Dios y se consagra con mayor facilidad y libertad a la caridad divina; forma de culto que nuestro mismo Redentor se dignó proponer y recomendar al pueblo cristiano y los Sumos Pontífices han confirmado con memorables documentos y han enaltecido con grandes alabanzas». ¿Que más podemos decir en favor de la devoción y culto al Corazón de Jesucristo? La Iglesia, siguiendo el mandato del Divino Maestro, ruega constantemente al Padre: «Adveniat Regnum tuum». Cristo quiere reinar en todos los hombres, en sus corazones, en sus voluntades; su Reino, que no es de este mundo, como Él mismo claramente afirmó, tiene una etapa peregrinante hacia su consumación en el Cielo, y aquí abajo debe reinar no sólo en las personas, sino también en las familias, en los pueblos, en fin, en todo el orden social. No es conforme a la doctrina de la Iglesia Católica la que sostiene que los pueblos deben actuar sin tener en cuenta la ley divina; han de elaborar sus leyes, organizar sus estructuras económicas, políticas, sociales, al margen de toda orientación sobrenatural y trascendente; el culto al verdadero Dios queda recluido a la vida estrictamente personal y privada. El Papa León XIII, en la «Inmortal Dei», enseña: «No pueden las sociedades políticas obrar en conciencia como si Dios no existiese; ni volver la espalda a la religión, como si les fuese extraña..., antes bien tiene el Estado político la obligación de admitir enteramente y profesar abiertamente aquella ley y prácticas de culto divino, que el mismo Dios ha demostrado querer.

La consagración al Corazón de Jesús, así personal como colectiva, tiene sin duda grandes exigencias, como claramente lo afirma el Papa Pablo VI con las siguientes palabras: «Vivir y aplicar con realidades el mandamiento supremo del amor a Dios y al prójimo es exigencia primordial de una consagración al Corazón de Jesús, consciente y consecuente; es también el principio, la fuerza, el método y el secreto para superar contrastes y resolver problemas en el ámbito personal, familiar y social. «Cuanto quisieréis que os hagan a vosotros los hombres, hacédselo vosotros a los demás» (De la carta al Arzobispo de Madrid con motivo del 50 Aniversario de la consagración

de España al Corazón de Jesús, fecha 26 de mayo de 1969). Tiene, además, no pocos consuelos, si la consagración es profunda, consciente, plena. Sin embargo, se puede comprobar con pena cómo ha penetrado en la Iglesia no sólo el humo de Satanás de que habló el Papa no hace mucho, sino también una ola de frío glacial con respecto al amor que debemos a Dios, y por Dios a los hombres; crisis de verdadera caridad, ya que no es raro que al hablar del amor se ponga el acento en el hombre sin referencia a Dios; lo que se hace es una transposición de valores. Se niega a Dios el amor que sólo a Él es debido, y en su lugar se coloca a la humanidad endiosada, acreedora única del amor humano. Este desorden no puede menos de ocasionar un desequilibrio serio en las mismas relaciones interpersonales, ya que el amor cristiano tiene su fuente en el primero y principal de todos los mandamientos: «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu mente, con todas tus fuerzas», leemos en los Libros Santos, así del antiguo como del nuevo Testamento. Son muy oportunas y sublimes las siguientes palabras de San Juan Damasceno: «Lleguémonos a este Corazón con deseo ardiente; para que su fuego quemé nuestros pecados, ilumine nuestros corazones, y de tal manera nos haga arder, que nos transformemos en Dios» (De fide orthodoxa). ¡Quiera el Señor reinar siempre en España y en el corazón de todos los españoles; No consintamos que pierda la fe de nuestro pueblo; el amor, y por tanto la consagración al Divino Corazón, puede ser un medio efficacísimo si, con espíritu de fe sostenida por la esperanza, y viva y operante por la caridad teologal, trabajamos por restaurar esta devoción tan cristiana y tan española. Recordemos, para terminar, las palabras del Papa Pablo VI en su Carta Apostólica «Investigibales divitias»: «...este plan nos parece el más apto para que el culto al Sagrado Corazón, que, con tristeza lo decimos, ha decaído en algunos, ya en adelante florezca más cada día y se estime por todos como excelente y segura forma de genuina piedad. Esta piedad exige nuestro tiempo, conforme a las normas insistentes del Concilio Vaticano II, para que con Cristo Jesús, Rey y Centro de todos los corazones, que «es cabeza del cuerpo místico de la Iglesia, el Principio, el Primogénito de todos; así Él tendrá siempre la primacía en todos» (Col. 1-18).

SANTA VICENTA MARIA LOPEZ

El pasado 25 de mayo fue canonizada Vicenta María López y Vicuña, fundadora del Instituto de María Inmaculada para el servicio doméstico, la primera santa de la tierra navarra.

Era Vicenta María una ardiente enamorada del Corazón de Cristo, y para extender y dar a conocer la gran nueva de que Cristo tiene corazón y que nos ama con amor divino y humano, se le ocurrió fundar la triple alianza.

Se trataba de que tres almas impacientes por el triunfo del reino del amor de Cristo se unieran en su común afán, y cumpliendo la petición que recibiera Santa Margarita, se entregaran a reparar los olvidos y las tibiezas de las almas consagradas. Los tres asociados debían ayudarse y estimularse sin descanso, de palabra y por escrito, para un cumplimiento cada vez más perfecto de su promesa.

La Madre Vicenta comunicó su proyecto a dos religiosas amigas, y así nació la primera triple alianza en el Sagrado Corazón de Jesús. Una de sus compañeras era la Madre Paula.

La Madre Paula Delpuig fue la segunda Superiora general del Instituto de las religiosas carmelitas de la Caridad. Conociendo que llegaba la hora de marchar, llamó a todas las hermanas alrededor de su lecho y les dijo:

«Hermanas, hemos de despedirnos porque me voy al Cielo... Acabo de hacer mi hora de Guardia de Honor al Corazón de Jesús y os he metido a todas dentro de Aquel Corazón Divino... Sed fieles a la gracia y no dejéis nunca la Guardia de Honor. Si sois muy devotas del Corazón de Jesús, Él os ayudará a andar animosas por el mundo, trabajando por su gloria y por la salvación de las almas.» Era el año 1889.

La Madre Vicenta era una enamorada del Corazón de Jesucristo. El día de su fiesta de 1879 le consagró el Instituto, y especialmente el Noviciado, mediante un fervoroso acto, tradicional ya entre las Hijas de María Inmaculada.

Vicenta había hecho voto de hacer siempre lo que más le agradara al Corazón de Jesús y lo que le causara mayor gloria. Fiel a sus promesas, Jesús llenó de alegría el momento de su muerte. Terminaban de leerle la recomendación del alma, cuando su semblante se iluminó y dijo:

«¡Bendito sea Dios que tantos gustos me da! ¡No hay monja más feliz que yo! ¡Cómo me paga el Señor lo poco que padezco por Él!»

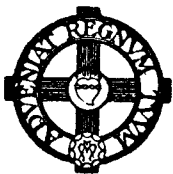
En la agonía se confortaba mirando dulce y fijamente al cuadro del Sagrado Corazón que tenía ante su vista, Señalando la bendita imagen, exhortaba a sus desconsoladas hijas:

«¡Todo por Él, todo por Él!»

Al amanecer el día, reanimándose un poco, exclamó: «Esta es mi hora de Guardia de Honor». Tomó una pequeña escultura de Jesús, la besó con reverente ternura y colocándola sobre su corazón, quedóse recogida en oración. Al cabo de un rato hizo señas a la Madre Superiora de la casa para que convocara a todas las Hermanas, y les dijo:

«Un encargo os dejo: que propaguéis todo cuanto podáis la devoción al Sagrado Corazón de Jesús.»

Poco después bendijo a sus hijas, y tras invocar: «¡Jesús mío, misericordia!» y la tradicional jaculatoria de su tierra: «Jesús, María y José, estad conmigo los tres», reclinó suavemente la cabeza y se durmió en los brazos de su amado Jesucristo.



INTENCIONES DEL APOSTOLADO DE LA ORACION

JULIO

GENERAL: «Que la renovación interior personal sea fuente de renovación también social».

MISIONAL: «Que la renovación personal, sea fuente de renovación social.»